

TESOROS

REVISTA

CRISTIANOS

Recursos para la edificación del cuerpo de Cristo

TEMA DE PORTADA:

LA FE

COMPLEMENTOS:

BIOGRAFÍA

JÓVENES

MASCULINIDAD

FEMINIDAD

ACTUALIDAD



La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.



© **EDICIONES TESOROS CRISTIANOS**

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia



Título: La Fe

Año 1 - Revista 3°

Enero – Marzo del 2020

1ª. Edición

Todos los versículos usados son de la versión Reina Valera 1960 a menos que se indique lo contrario.

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio sin la previa autorización del ministerio de Tesoros Cristianos.

PRESENTACIÓN

Desde tiempos antiguos la humanidad ha podido vislumbrar al Dios invisible a través de una fe genuina. En estos últimos tiempos estamos percibiendo una teología que se aparta radicalmente de la fe revelada en la Biblia. Hoy, las experiencias personales subjetivas y el pragmatismo son elevados a la categoría de doctrina, desplazando así la fe bíblica. Por eso, no es de extrañar que tantos sean arrastrados de un lugar a otro por todo tipo de manifestaciones que nada tienen que ver con la verdad presentada en las Escrituras. Necesitamos volver a poner delante de todo hombre la doctrina tocante a la fe, el Evangelio y sus grandes prerrogativas; el significado de creer en Cristo como Señor y Salvador, que es la única condición indispensable para poder recibir el precioso regalo de la salvación.

Es, pues, necesaria la fe para acercarnos a Dios y, aún más, para agradecerle. Pero necesitamos la fe verdadera, la que tiene su fundamento en la Palabra de Dios, una fe basada en la predicación del Evangelio puro, sin mixtura; una fe que viene como un don del Cielo, una fe que da frutos visibles, una fe que nos conduce a realizar las obras que Dios ha preparado de antemano para que anduviésemos en ellas.

Oramos a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que a través de Su Santo Espíritu pueda utilizar las páginas de esta revista para volver el corazón de todos aquellos que por Su Providencia han de leerla, y puedan llegar a ser herederos y participantes del más grande don que puede recibir un hombre de parte del Cielo: ¡La fe en Cristo Jesús!

Jhair F. Diaz

ÍNDICE

TEMAS DE PORTADA

La fe y el Evangelio de Dios.....	5
Fe vs. Obras.....	15
La fe que viene por el oír la Palabra de Dios.....	25
Características de una fe genuina.....	35
La fe que produce obras.....	45

COMPLEMENTOS

Martín Lutero.....	55
Entrega completa del corazón	67
Características de las funciones del hombre.....	77
La reverencia en la mujer.....	87
Fe y razón.....	99

LA FE Y EL EVANGELIO DE DIOS

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.” (Ro. 1:16-17).

A través de las Escrituras se nota un gran énfasis en la fe para salvación. Esta es una cuestión de suma importancia. Un error en relación con esto afectará toda nuestra vida espiritual y nuestra realidad eterna. La manera como respondamos a las preguntas: ¿Cómo puedo ser salvo? o ¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna? Son definitivas y de una importancia incalculable.

Todas las religiones trazan caminos por los cuales el hombre “puede acercarse a Dios”, y existen miles de maneras en las que éste pretende encontrar el tiquete valioso de su salvación. El mercado religioso es tan amplio y extenso que faltarían páginas para nombrar sólo algunas de estas promociones espirituales que han atrapado al hombre caído. En este laberinto religioso se encuentra el hombre perdido y confuso en cuanto a su verdadera condición delante de Dios. Sólo la voz del Evangelio y la verdad de la Palabra de Dios pueden mostrarnos el camino correcto.

La historia de la Iglesia

En este sentido, el cristianismo bíblico es único en su manera de llamar al hombre a la salvación, aunque no es de ignorar que pocos años después de la era apostólica, las grandes luchas que enfrentó la Iglesia con la herejía, la llevaron a períodos de gran decadencia y oscuridad. De todos estos conflictos y luchas surgiría un nuevo sistema religioso: la Iglesia Católica Romana, muy diferente en práctica y en doctrina a la Iglesia del Nuevo Testamento. La Iglesia Católica Romana, en su orgullo y apostasía, se erigió como un monumento a la idolatría, el error, la superstición y la vanagloria humana. Doctrinas como el papado, la adoración a María y a los santos, la veneración de imágenes y la compra de indulgencias para salvación, atentan directamente contra la revelación de Dios y Su Palabra.

Este sistema religioso, desvinculado y ajeno a la Palabra de Dios, llevó a los hombres a un desconocimiento casi total del camino que abrió Jesucristo para salvación. La gran verdad de la salvación por la fe fue lentamente olvidada y suplantada por los caprichos religiosos de hombres impíos. Sacramentos, rezos, misas, indulgencias y actos de penitencia, sellaron y escondieron el camino de la salvación.

No es de extrañar la gran lucha que enfrentaron algunos hombres, como Pedro Valdo, John Wycliffe, John Huss, Martín Lutero, Juan Calvino, William Tyndale, y otros que, ante el descubrimiento de esta gran verdad, emprendieron una fuerte batalla contra la iglesia institucional y sus errores. Y es importante entender que el campo de esta gran batalla

en la Reforma Protestante no era nada menos que el propio Evangelio. Como llegó a declarar el gran reformador alemán Martín Lutero: “La justificación sólo por la fe es el artículo sobre el cual la iglesia se apoya o cae”. La fe no es un asunto secundario, es el centro del Evangelio, el corazón de la Iglesia cristiana. Es el artículo que exalta la obra perfecta de Cristo y sus méritos únicos para salvación, y muestra al hombre pecador, incapaz e indigno, recibiendo, sin ningún mérito, la salvación preciosa sólo por la fe. Juan Calvino, quien sucedió a Lutero en los inicios de la Reforma, afirmó lo mismo; llamó a la justificación “la bisagra principal donde gira la religión”. Y Thomas Watson señaló: “La justificación es la bisagra y el pilar del cristianismo. Cometer un error en el tema de la justificación es muy peligroso, es similar a un defecto en un cimiento. La justificación por Cristo es una fuente de agua de vida. Verter el veneno de una doctrina corrupta en esta fuente es algo sumamente maldito”.

El sustento bíblico

Debemos saber que esta comprensión no fue algo nuevo en la Reforma Protestante, simplemente fue el volver, en términos simples y coherentes, a la enseñanza bíblica.

Jesús hablaba a los hombres: “*De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.*” (Jn. 6:47). Hay cantidad de pasajes que sustentan la gran verdad de que el hombre es salvo única y exclusivamente por la fe en Jesucristo. Watchman Nee resaltaba con gran exactitud: “El Nuevo Testamento nos dice claramente, por lo menos ciento quince veces, que cuando el hombre cree, es salvo. Además de estas

ciento quince veces, la Biblia dice treinta y cinco veces que el hombre es justificado por la fe. El Evangelio de Juan menciona ochenta y seis veces que solamente por fe, y no por otra cosa, puede el hombre recibir la vida, ser justificado y evitar la condenación. Por consiguiente, la Biblia nos muestra clara, adecuada y simplemente que la salvación no se basa en lo que el hombre es, lo que tiene y lo que ha hecho. Todos aquellos que leen la Biblia saben que la condición para la salvación es la fe”. (“El Evangelio de Dios”; cap. 9: “La manera de ser salvo”).

Las declaraciones citadas resaltan la importancia que Dios le da a esta verdad y el gran sustento bíblico que ésta tiene. Sólo la ignorancia, la herejía y el orgullo religioso pueden cegar los ojos de los hombres para que no les resplandezca la luz del Evangelio.

La justificación por la fe

Entonces, escalando en la cumbre de las verdades bíblicas, llegando a nuestro Himalaya espiritual, encontramos la gloriosa bandera de la salvación. Y allí podemos concluir que esta salvación es otorgada por los méritos exclusivos de la obra de Jesucristo; ningún hombre, aparte de Él, participó y nunca podrá participar en ello. Tan sólo pensar que el hombre puede colaborar de alguna manera en este asunto, es una ofensa gravísima al Espíritu de Gracia; es dar a entender que la obra de Cristo fue incompleta, o innecesaria, como Pablo ya lo advirtió: “*No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.*” (Gá. 2:21).

Esta es una de las verdades más profundas y más importantes del cristianismo, el punto inicial y culminante de las Escrituras: es la teología cristiana en su más pura esencia. Atacar esta verdad no es un intento inocente de almas religiosas ignorantes ¡No! Es un ataque diabólico orquestado en las profundidades del infierno para desviar y ocultar el camino de la salvación.

Jesucristo crucificado

“*¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?*” (Gá. 3:1). Una de las cosas que más consternación produjo en el apóstol Pablo era que los cristianos de la región de Galacia habían oído el Evangelio y su presentación de una manera pura. La frase “presentado claramente”, nos habla de la pureza del mensaje que ellos recibieron. Este mensaje les abrió los ojos del entendimiento para que ellos contemplaran la obra más gloriosa que se ha visto en la Tierra: al Mesías Salvador expuesto a la cruz, como un sacrificio perfecto, sobre el cual se derramó la ira de Dios para salvación de los hombres.

Este cuadro es acertadamente descrito por John MacArthur: “En sentido figurado, los gálatas habían tenido ante sus ojos carteles inmensos de Jesucristo que Pablo puso con claridad a la vista de todos. Pablo era un predicador dinámico, y quizás dramático también. Los que le oían, sentados a sus pies, quizás escuchaban hasta el golpe del martillo sobre los clavos que atravesaron las manos y los pies de Jesús. Tal vez

podieron visualizar la sangre que brotaba de su frente traspasada por espinas y su costado herido.” Esta imagen es definitiva para la comprensión del Evangelio, y la conmoción de nuestros corazones: Cristo crucificado delante de nuestros ojos, exponiendo los grandes beneficios, siempre actuales, válidos y disponibles, de la gloriosa obra en la cruz; no por nuestras obras, no en virtud de que hubiéramos hecho algo, mas por causa de Cristo crucificado. El Evangelio no es la demanda para que los hombres hagan alguna cosa; es la declaración de lo que Dios ya hizo en Su Hijo. El Evangelio no es una exigencia; es un regalo, un don gratuito.

La insensatez de los gálatas

Estos cristianos perdieron toda sensatez, todo juicio, toda claridad y todo rumbo. “¡Oh gálatas insensatos!” Una especie de demencia espiritual había atrapado a esas iglesias. Estaban dejando a Cristo para volver a Moisés; estaban abandonando la gracia para volver a ser esclavos de la Ley; estaban dejando el Calvario para volver al Sinaí. Bien lo advierte John MacArthur en su comentario de este pasaje: “La deserción y el alejamiento son reprochables porque implican deslealtad y traición. Pocas cosas son más trágicas o decepcionantes que un cristiano que abandona la pureza del Evangelio por una forma falsa de cristianismo que presume de mejorar la obra finalizada de Cristo”. Y continúa: “A lo largo de la historia de la Iglesia algunos creyentes empezaron bien, pero más adelante se apartaron de las verdades que creyeron y siguieron al principio. Reciben el Evangelio de la salvación por gracia y viven para el Señor con fe humilde, pero caen presos de algún sistema de legalismo y jus

ticia por obras que promete más y produce mucho menos. Algunos caen en el formalismo y substituyen con ceremonias y ritos externos la realidad interna del crecimiento personal en el Señor. Otros caen en sistemas de legalismo prohibitivo y, en su orgullo, esperan mejorar su posición delante de Dios con hacer o dejar de hacer ciertas cosas.”

La fascinación de los falsos maestros

Esto es una absoluta insensatez, un disparate, una verdadera torpeza. John Stott lo describe así: “El apartarse del Evangelio no era sólo una especie de traición espiritual, sino también un acto de locura”. Y todo esto está relacionado con la siguiente pregunta: “*¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad?*” La palabra ‘fascinación’ usada aquí por Pablo es ‘baskaíno’, y conlleva la idea de un hechizo, alguien que es atrapado por un poder espiritual maligno. Adolf Pohl dice: “La conversación de los falsos maestros prácticamente había hipnotizado a los creyentes de Galacia, de tal manera que no ofrecieron ninguna resistencia a esta falsa doctrina”. Sin duda, este panorama alarmante expuesto por Pablo en su epístola no es diferente al que vemos en el cristianismo actual. Son muchos los tipos de hechizos espirituales que circulan en la boca de falsos maestros, los cuales llevan a las personas a desvincularse de Cristo y a confiar en sus propias obras: exigencias, comidas, rituales, ceremonias, días y leyes. Cualquier cosa, sea lo que sea, que nos lleve a confiar en algo fuera de Cristo para salvación, es una gran maldición y es el camino a la apostasía espiritual. Existen muchos maestros dispersando estos engaños. La Iglesia de Jesucristo no debe ser ingenua o tolerante ante el error y sus exponentes. La

ingenuidad casada con una falsa tolerancia ha sido la raíz de muchos males que han aquejado a la Iglesia.

La obediencia a la verdad

Todos tenemos delante de nosotros la verdad del Evangelio, y debemos saber que éste no es la presentación de un acuerdo de dos partes donde se llega a una negociación. El Evangelio es la oferta indiscutible e inmutable de Dios a los hombres, Su mandamiento, Su llamado al hombre a creer y arrepentirse. Cualquier tipo de modificación, alteración o sustitución es una flagrante desobediencia, es una rebelión a la verdad revelada. Ya lo decía Juan el Bautista: *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.”* (Jn. 3:36).

¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad?

Estas palabras nos muestran el peligro del desvío por el cual caminaron los gálatas; su insensatez los llevó a una desobediencia abierta a la verdad, una desobediencia al Evangelio, una desobediencia a Dios mismo y a Su Hijo. ¡Dios nos libre de semejante mal! Roguemos al Señor que podamos ser guardianes y heraldos de la verdad; que podamos ser de aquellos que siguen la senda antigua que conduce al Calvario sin ninguna vergüenza ni temor. Mientras otros vuelven atrás, que nosotros podamos mantenernos firmes: Firmes en la esperanza, firmes en la confianza, firmes en la fe, firmes en la verdad que hemos recibido.

Querido lector: Dios nos ha encargado el glorioso Evangelio de Su Hijo. Debemos ser fieles al mensaje; la verdad recibida debe ser conocida, atesorada y proclamada. Son muchos los que deben oír; no podemos ser indiferentes. Que nuestro compromiso sea hasta la muerte, que nuestro amor sea heroico, que nuestro trabajo sea constante y que nuestra fidelidad sea admirable. La predicación del Evangelio es el encargo más importante y trascendental que hemos recibido; el destino eterno de miles de almas depende del mensaje de Jesucristo. El Evangelio es el informe del Cielo para los hombres, lo único que puede traer esperanza y salvación. Sólo allí el alma angustiada y atormentada por sus pecados puede hallar descanso. Que podamos compartirlo con toda claridad, fidelidad y eficacia. Que el peso y la responsabilidad se mantenga ardiendo en nuestros corazones como una llama que no pueda ser apagada. Así como lo decía el apóstol Pablo: *“Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!”* (1 Co. 9:16). ¡Ay de nosotros si no anunciáremos el Evangelio! ¡Ay de nosotros si por temor enterramos esta preciosa Mina! ¡Ay de nosotros si descuidamos este gran Tesoro! Ninguna excusa podría justificar semejante irresponsabilidad.

Quiera Dios usar el actual número de nuestra revista para aclarar el entendimiento de su pueblo sobre la importante doctrina de la fe y su relación con el Evangelio para la salvación eterna de los hombres.

Pablo David Santoyo

EL TIEMPO Y EL OCIO

El carácter y la carrera de un joven dependen de cómo usa el tiempo libre. No podemos reglamentar las horas de la escuela o de la oficina -ya están determinadas para nosotros- pero podemos decidir lo que haremos antes y después. La forma en que usemos las horas que nos sobran después de haber hecho provisión para el trabajo, las comidas y el descanso, determinará si nos desarrollaremos como personas mediocres o poderosas. El ocio es una gloriosa oportunidad y un peligro sutil. Cada momento del día es un regalo de Dios que merece cuidado, porque de cualquier forma que se lo mida, nuestro tiempo es corto, y la obra es grande.

Oswaldo Chamblor

.....

“Nosotros pensamos que somos personas buenas que a veces hacemos cosas malas, y la Biblia enseña que, en realidad, somos personas malas que a veces hacemos cosas buenas.”

Sugel Michelen

“Todas nuestras bibliotecas y estudios son un mero vacío comparado con nuestra sala de oración. Crecemos, luchamos y prevalecemos en la oración ‘en secreto’.”

Charles Spurgeon

FE VS. OBRAS

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” (Ef. 2:8-9).

Históricamente, el cristianismo ha estado dividido en dos corrientes de pensamientos para definir cómo se salva el ser humano: Por gracia, a través de la fe, o por obras (aunque no niegan la fe). En este breve artículo consideraremos, a través de la Escritura, lo referente a este asunto tan crucial.

Iniciaremos diciendo que muchas personas suponen que si tratan de llevar una “vida de bien”, han hecho todo lo que es necesario para que las puertas del Cielo se abran ante ellos. Colocan su confianza en las buenas obras que han realizado como requisito para satisfacer la justicia de Dios. Esa es una confianza vana. Ese es el camino que enseñan todas las religiones: llegar a la Deidad a través de buenas obras. Es aquí donde se establece una clara diferencia con el cristianismo, en el cual la salvación no es por obras, sino por gracia a través de la fe.

Es menester decir que el hombre carece de todos los recursos para entrar al Cielo, o dicho de otra manera, el ser humano no puede lograr su salvación viviendo una vida de bien. La razón es que Dios ha declarado, a través de las Escrituras, que el hombre no es bueno (Ro. 3:12), y que la única manera de alcanzar el bien es confiando en la justicia de Jesucristo.

El creer que somos justificados por las buenas obras, independientemente de la fe, o añadiéndole a la fe, es establecer una falsa base como requisito para la salvación.

La gracia, la base para la salvación

Para entender que la salvación no es por obras necesitamos entender primero, apreciado lector, qué es la gracia; porque la gracia es la base sobre la cual Dios establece la salvación para todos los hombres. El escritor Samuel Pérez-Millos define la gracia de la siguiente manera: “La gracia... es el amor que desciende hasta la condición del miserable, de ahí, que cuando se habla de gracia haya un acompañamiento de descenso, como ocurre con la gracia de Jesucristo que se hace pobre, siendo rico (2 Co. 8:9). La gracia es el amor que obliga a Dios a descender al encuentro del hombre en Cristo Jesús.” Podemos decir entonces que la gracia es el amor en descenso de Dios en Cristo para buscar y salvar al hombre pecador. Es un regalo, del cual la humanidad no es merecedora.

La fe: El medio instrumental

En los versos arriba citados, el apóstol Pablo nos dice: “... *por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios...*” Al lado de la gracia que salva está la fe, que es el instrumento por el cual podemos alcanzar la salvación. La fe no es obra, la fe es el medio para alcanzar la salvación, pero no es la causa, la causa es Dios en su gracia. A esta gracia no se accede por vía de obras. Esa es la razón por la cual el ser humano no puede ser salvo por obras. El Espí-

ritu Santo aclara que es por medio de la fe. La palabra griega para la expresión ‘por medio de’ es *-diá-*, esta preposición significa ‘a través de’. Dios estableció desde la antigüedad que la fe sea el canal por medio del cual podemos recibir los beneficios de la obra perfecta y completa de Cristo. Definimos entonces que la fe es el único medio para salvación.

Pablo, en Romanos 3:21-26, dejó claro que es por la gracia -un regalo no merecido- de Dios que somos justificados (3:24), pero nuestra fe nos da acceso a esa gracia (3:26), es decir, la gracia (y no la fe) es la que nos salva, pero la fe hace posible experimentar la gracia. Vemos que la gracia se anuncia como causa de salvación en el mismo plan de redención, como lo anunció Pablo a Timoteo: “...*quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...*” (2 Ti. 1:9).

Para que ningún ser humano pueda gloriarse

Volvamos al segundo verso citado arriba: “...*no por obras, para que nadie se gloríe.*” (Ef. 2:9). Este texto tiene un alto contenido teológico para evidenciar que la salvación no puede ser por obras. A través de este verso, el Espíritu Santo buscaba enseñarle al hombre que la salvación depende sólo de Dios, porque Él es la causa primaria y única de ella. Con esta exposición, el Señor acaba con cualquier pretensión de que alguien piense que puede colaborar de alguna manera en su salvación; ésta no es iniciada por actos humanos, sino que procede del propósito Divino, por ello no puede proceder de las obras. La palabra obras está en plural; comprende enton-

ces cualquier clase de obras del ser humano, tanto las obras de la Ley (dada por Dios a Moisés), como las del hombre. Recuerde lo que dice el apóstol: Nadie puede ser declarado justo delante de Dios por el cumplimiento de las obras de la Ley (Ro. 3:20, 28). Y ese es el tema principal en la epístola circular que Pablo, el apóstol, les escribe a las iglesias en Galacia.

Otro evangelio: Salvación por obras

Pablo, por dirección divina, comenzó su obra apostólica, y en la región de Galacia predicó el Evangelio. Como resultado de ese trabajo surgieron muchas iglesias gentiles, gentiles convertidos a Cristo, sin guardar la Ley. Pero algunos judaizantes se introdujeron en dichas iglesias para exigir a los cristianos gentiles una especie de conversión al judaísmo, por el cual debían circuncidarse y guardar la Ley de Moisés. Eso es verificado por Lucas en Hechos 15:1: *“Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis (obras) conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.”* Los judaizantes estaban diciendo que Cristo es un buen albañil que ha comenzado un edificio, pero que no lo ha terminado; y debe hacerlo Moisés. Estas personas creían que se requería mucho más que solamente la fe en Jesús para ser salvos, y que la observancia estricta de las ceremonias judías, especialmente la circuncisión (obras), también era necesaria. Así que, cuando se enteraron de la conversión de gentiles que no guardaban las obras de la Ley y, especialmente, sin la necesidad de la circuncisión, estas personas se introdujeron en la iglesia en Antioquía.

Vemos entonces que el propósito de la Epístola a los Gálatas era neutralizar este peligroso error, enfatizando nuevamente en el glorioso Evangelio de la libre gracia de Dios en Cristo Jesús: La salvación por la sola fe, sin las obras de la Ley.

Dice el apóstol en Gálatas 1:6: *“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.”* Esta nueva enseñanza era un evangelio diferente, no el que había enseñado Pablo, que sí era y es el único Evangelio. El llamamiento a la salvación descansa en la gracia. Si alguien se aleja de la gracia, entonces entra en la esfera de la Ley, pues ambas son excluyentes entre sí. El evangelio diferente hace que su receptor deje a un lado el único modo de justificación (la fe), para intentar alcanzarla por la vía de las obras (las de la Ley), mediante la cual nunca llegará a ella. Así lo declaró Pablo en Romanos 11:6: *“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.”* Pablo mismo había creído durante mucho tiempo en la justificación delante de Dios por medio del cumplimiento de las obras de la Ley judaica, hasta que se encontró con el Resucitado, en el camino a Damasco, donde Dios le mostró lo infructuoso de su intento y el fracaso de la vía del cumplimiento de la Ley como forma de justificación ante Dios. Entendió que el añadirle obras “meritorias” a la salvación significaba que era por fe y por obras. Y las Escrituras indican claramente que los conceptos de salvación por gracia y de salvación por obras tienen que ver con principios completamente opuestos, no se pueden incluir la una en la otra; no se puede tener una salvación basada en 25% obras y 75% gracia; la una

excluye completamente a la otra. No se pueden incluir las obras dentro de la gracia, ni la gracia dentro de las obras. Ninguna obra humana puede salvar, ni justificar a nadie.

Concluye el párrafo de la siguiente manera: “...*para seguir un evangelio diferente.*” Era diferente en cuanto al fundamento: algún porcentaje de fe y algún porcentaje de obras de la Ley. Pero el Evangelio dado a Pablo era así: “...*sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo...*” (Gá. 2:16). Los gálatas estaban abandonando el verdadero Evangelio en favor de uno diferente, uno que proclamaba la fe más las obras de la Ley como el camino de salvación; pero Pablo dice enfáticamente en el verso 1:7: “*No que haya otro...*”, literalmente, que no es otro. No hay otro Evangelio, sólo uno. Las falsas religiones y los falsos maestros estaban anunciando, no que era un evangelio diferente, sino algo que no era el Evangelio. Y querido lector, es aquí donde presentamos lo que dice la Escritura: Nadie puede ser llamado a salvación por otra vía que no sea por el Evangelio genuino, que es el que Pablo recibió del Señor Jesús y predicaba.

El propósito de este falso evangelio era pervertir el verdadero Evangelio de Cristo; éste enseña que el hombre es únicamente salvo a través de la fe. La fe es el único medio de salvación presentado en la Biblia a través de los apóstoles y profetas. En esa perversión o tergiversación colocaban al hombre como colaborador en algo, mediante sus obras, para la salvación. Lo que hacían era apartar a los hermanos de la salvación por la fe, para guiarlos a una salvación inalcanzable por las obras de la Ley, y esto socavaba el fundamento mismo del Evangelio, de-

jando sin efecto la obra gloriosa de nuestro Señor Jesucristo en la cruz. El concepto de obras para salvación está totalmente opuesto al pensamiento Divino y apostólico.

El peligro de otro camino de salvación

“Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.” (Gá.1:9) Establecemos con este verso el peligro de anunciar un evangelio diferente, razón por la cual debemos ser fieles al testimonio de la Escritura. Un evangelio diferente carece de toda acción salvadora, porque su poder para salvar recae en las obras de los hombres, las cuales son insuficientes para conceder al hombre su salvación. Y Pablo refrenda su posición al decir que la predicación de un evangelio diferente (fe más obras), cae en la categoría de un mensaje que no es el verdadero Evangelio, y el que lo predica es anatema, es decir, cae en maldición. Vemos por qué el hombre no puede salvarse por las obras. Para el Espíritu Santo, establecer una vía de salvación diferente a la fe es predicar otro evangelio y, por ende, el que lo predica cae bajo juicio de maldición por menospreciar el sacrificio de Cristo en la cruz y considerarlo insuficiente para la salvación del hombre. Aquellos que ponen otro evangelio en lugar del verdadero, atraen maldición sobre sí, ¡Es una solemne advertencia! Y esta advertencia está vigente para todos los tiempos. El verdadero Evangelio de la gracia no da opción alguna al pecador en materia de salvación, y determina absolutamente que sólo se recibe la salvación por gracia a través de la fe en Cristo (Ef. 2:8). En el mismo sentido, el apóstol dice en 1 Corintios 16:22: *“El que no amare al Señor Jesucristo, sea*

anatema. El Señor viene.” Aquellos que predicán un evangelio diferente al Evangelio de la gracia, no aman a Jesucristo, quien es el único Salvador y el único camino de salvación. Tanto el mensajero como su mensaje deben ser considerados malditos. Considere esto: Un vaso con agua es una bebida saludable y refrescante, pero cuando se le añade una gota de veneno, llega a ser mortífera.

Las obras nos desvinculan de la gracia

“*De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.*” (Gá. 5:4). El apóstol hace una solemne advertencia: Quien quiera vivir bajo las obras de la Ley, o dicho de otra manera, quien quiera vivir tratando de ser justificado por las obras, pone a un lado a Cristo, desligándose de Él. La persona entra en la esfera de la Ley, saliéndose de la esfera de la gracia, y en ésta sí encontraría salvación. Aquí, desligarse implica dejar sin eficacia, equivale entonces a dejar sin efecto los resultados que se alcanzan en la unión con Cristo mediante la fe. Aquel legalista que se desliga de Cristo, abandona el sistema de la gracia para entrar al de las obras; se separa de la gracia, y pasa al sistema que hace imposible la salvación del ser humano. Quien se desliga de Cristo, buscando su salvación fuera de Él, rompe con Él, y abandona la esfera de la gracia, única esfera en la cual el hombre puede salvarse sólo por gracia, a través de la fe.

La fe, instrumento para salvación y justificación

“*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.*” (Ro. 5:1). Este verso nos resume

cuanto venimos hablando. La Biblia Textual traduce más exactamente este texto: *“Por tanto, habiendo sido declarados justos por la fe, tenemos paz ante Dios mediante nuestro Señor Jesucristo.”* El verbo griego traducido por ‘justificado’ es *diakaiothéntes*; esta forma verbal indica que es una acción definitivamente acabada, y que alguien más la hizo; puesta en voz pasiva, la obra fue hecha por Cristo en la cruz. La aplicación de este beneficio se produce por fe en el mismo instante del ejercicio de la fe. El cristiano es beneficiario de esta bendición espiritual, la cual quedó realizada definitivamente para todo aquel que cree. A través de la justificación, pasamos a disfrutar de una posición inalcanzable para el hombre por cualquier otra vía que no sea la fe. Insistimos, Dios salva al hombre por la fe, sin obras.

Incompatibilidad entre la fe y las obras

Vemos entonces incompatibilidad entre la gracia salvadora (sin mérito alguno por parte del hombre, y se basa única y exclusivamente en la obra de Dios y es tomada por fe) y las obras del hombre, incluidas en ellas las obras de la Ley, las cuales excluyen totalmente a la gracia (Ro. 11:6).

Dios determinó la salvación del hombre por esta vía con el propósito de que nadie se gloriara. Sólo la gracia dada por Dios en provisión para el hombre, mediante la entrega de Su Hijo Jesucristo, salva al hombre; por lo tanto, la única gloria que debe brotar del corazón del hombre es hacia Dios, y no hacia a sí mismo, porque la obra salvadora proviene de Dios. Así se cumple lo que está escrito: *“...El que se gloríe, gloríese en el Señor.”* (1 Co. 1.31).

La causa y la razón de la salvación es la gracia. Esta es la enseñanza de Pablo, pero él también muestra el instrumento para alcanzarla: La fe en la obra redentora del Señor Jesucristo.

La conclusión final de la doctrina que el apóstol Pablo predicaba, y que debe ser la nuestra, se resume en un texto en su Epístola a los Romanos, capítulo 3, versículo 28, el cual dice:

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.”

Jhair F. Diaz

.....

“¿Qué vas a hacer cuando llegues a la eternidad, si no puedes quedarte una hora con Dios aquí abajo?”

Leonard Ravenhill

“Una iglesia que tiene como su “evangelio” el alimentar las emociones, no es una iglesia del Nuevo Pacto. El deseo de ser estimulado a fin de sentirse bien, es una marca inequívoca de la naturaleza caída, de la cual murió Cristo para librarnos.”

A.W. Tozer

La Biblia es el cetro por el cual el Rey Celestial gobierna su Iglesia.”

Juan Calvino

LA FE QUE VIENE POR EL OÍR LA PALABRA DE DIOS

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.”
(Romanos 1:16-17).

El Evangelio tiene un llamado no solo a un arrepentimiento verdadero, sino también a una fe genuina. Pero, ¿cómo sabemos que aquello que creemos tiene fundamento sólido para ser creído? Después de todo, en este mundo muchos dicen tener fe en una cosa u otra ¿Cuál es la diferencia con la fe del cristiano? Si el Evangelio se revela por fe, ¿cómo puedo yo tener esa fe que salva? El único lugar donde podemos encontrar adecuadas respuestas a estas interrogantes es en la Palabra de Dios, la cual es la máxima guía y regla de fe y doctrina para el cristiano.

La fe es un don de Dios

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios...” (Ef.2:8). Pablo afirma que la fe, por medio de la cual el cristiano ha creído para

abrazar la gracia de Dios, no tiene su origen en él, sino que es un don de Dios, es decir, un regalo que Dios da, por lo cual, separados de Dios, sin Su intervención divina, no tendríamos fe alguna. La fe que salva tiene su origen en Dios mismo.

Esto quiere decir que cualquier aparente fe, que no tenga su origen en Dios, es una fe falsa, como lo es la de aquellos que ponen su confianza en ídolos o rituales. Debido a esto, muchos piensan hoy que la fe en cualquier cosa es una fe genuina, una fe que podrá librarlos de sus pecados, de sus problemas y necesidades diarias, una fe que los puede hacer prósperos y exitosos.

Las iglesias en Galacia también luchaban con una fe equivocada: “*Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?*” (Gá.3:2). Los judaizantes estaban haciendo que las iglesias en Galacia pusiesen la fe en las obras que ellos podían hacer, volviéndolos a ritos, como la circuncisión y el abstenerse de alimentos, con el fin de ser aceptos y limpios ante Dios por su propia justicia, la cual ya no provenía de la fe en la obra de Cristo (Gá. 3:1). Por eso el apóstol Pablo les pregunta: “*Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?*” (Gá. 3:5). Recordándoles que cuando oyeron con fe acerca de la obra de Cristo a favor de ellos fue cuando fueron llenos del Espíritu Santo, y que Dios obraba en medio de ellos.

Lo que vivían las iglesias en Galacia no se diferencia en mucho al panorama religioso que tenemos actualmente fren-

te a nosotros, donde cristianos verdaderos y falsos confían en supersticiones y rituales, siendo así engañados, creyendo que poseen una gran fe en Dios. Positivismo, psicología, coaching, amor al dinero, estrategias humanas y toda clase de ritos supersticiosos inundan la Iglesia del Señor, desviándola de una fe genuina, hacia una falsa fe, sin base en la Palabra de Dios. No es esta la fe que viene como don de Dios para los hombres; no es la fe de los apóstoles, ni de nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo creerán?

En el capítulo 10 de la Carta a los Romanos, Pablo viene hablando del anhelo suyo de que la nación de Israel sea salva; pero los israelitas, actuando en ignorancia, rechazaban confiar en Dios para ser justificados por la fe en Jesucristo, procurando justificarse mediante una justicia propia (Ro.10:1-3). Nos dice también que todo aquel que creyese en Jesucristo y su obra no sería avergonzado, y sería salvado y justificado por Dios, fuera judío o gentil (Ro.10:4-12); “...*porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.*” (Ro.10:13). La palabra ‘invocar’ tiene en este texto la implicación de llamar al Señor para reconocerle y adorarle (Diccionario Vine). Esto significa que una verdadera fe para salvación lleva a los hombres a reconocer ante el Señor su condición de pecado, desdicha y necesidad de arrepentimiento, llevándolos a una adoración a Dios en reconocimiento por Su obra a favor suyo en su Hijo Jesucristo. Pero, ¿cómo tener la fe que es don de Dios para invocar Su Nombre? O como pregunta Pablo: “*¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?...*” (Ro.10:14a). Al igual que los ju-

díos que habían rechazado la fe por ignorar la justicia de Dios (Ro.10:3), los hombres no podrán invocar a Dios si ignoran su necesidad de salvación y la obra de Dios para justificarlos ¿Cómo tendrán fe para invocar a quien no conocen? Los hombres que están lejos del conocimiento de Dios, de su Palabra, de la Verdad revelada por Dios en su Hijo Jesucristo, abandonados a su falso conocimiento y superstición, no pueden conocerle sólo por el testimonio natural, entonces se desvían e invocan a dioses falsos (Ro.1:18-28); e incluso, acusándoles su conciencia de que pecan, no han oído cómo pueden ser limpios “... ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?...” (Ro.10:14b) ¿Cómo conocerán al Dios verdadero si no saben quién es o dónde buscarlo? El hombre sin Dios y Su Palabra no tiene una brújula o guía exacta para encontrar el camino de salvación y, cada vez, intento tras intento, se aleja más de Él.

La fe viene por el oír la Palabra de Dios

Los hombres no podrán invocar a Dios si no han creído en Él, y no podrán creer en Él si no le conocen, si no han oído de Él; por lo cual vuelve a decir Pablo: “... ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Ro.10:14c). La palabra griega acá utilizada para ‘predique’ hace referencia a un mensajero que anuncia o proclama públicamente un mensaje (Diccionario Vine), dándonos a entender que los hombres no pueden conocer al Dios verdadero si no hay quien les anuncie el mensaje para que puedan oírlo ¿Y quién enviará a estos mensajeros? “¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Ro.10:15).

Dios, en su gran misericordia, viendo nuestra imposibilidad de agradecerle o conocerle por nosotros mismos, envió a su Hijo, quien le ha dado a conocer, y quien, habiendo efectuado la obra redentora en la cruz del Calvario y habiendo resucitado al tercer día de entre los muertos, venciendo al que tenía el imperio de la muerte, envió por todo el mundo a sus apóstoles (o enviados) a predicar las Buenas Nuevas de salvación, a fin de que todos los que las escuchen, se arrepientan de sus pecados y crean en el Señor. ¿Y cuál es este mensaje o Buenas Nuevas que los hombres deben escuchar para tener fe en Dios?: “*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.*” (Ro.10:17). Es la Palabra de Dios, la cual en este contexto hace referencia al Evangelio, el mensaje que Dios mandó a predicar a toda criatura (Mr.16:15), ya que sólo por medio de este mensaje los hombres pueden recibir fe genuina en Dios para salvación ¡Sí, este es el medio maravilloso de Dios para dar el don de la fe: por medio de la predicación del Evangelio!

El ejemplo de Cornelio

Un ejemplo maravilloso de cómo la fe viene sólo por el oír la Palabra de Dios cuando se predica el Evangelio, lo encontramos en el libro de los Hechos, cuando Pedro fue enviado por el Señor a predicar el Evangelio a Cornelio y su familia. Las Escrituras nos cuentan que Cornelio era “... *piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre.*” (Hch.10:2). Cornelio y su familia vivían de una manera que honraba a Dios, tanto en actitud como en obras, él ayudaba a los necesitados y oraba a Dios siempre. Sin embargo, esto era insuficiente para alcanzar la justicia que es por la fe (Gá. 2:16).

Un hombre, por muy religioso que procure ser, aunque se esfuerce en ayudar a otros y quiera hacer el bien, nunca podrá conocer a Dios sólo por ello, si no es por el testimonio de Dios mismo, Quien viendo el temor reverente de Cornelio y su casa tuvo misericordia; por lo cual un ángel del Señor le fue enviado (Hch.10:3) para indicarle que debía mandar a traer a Pedro, que se encontraba en Jope, quien le indicaría lo que debía hacer (Hch.10:5-6). Pedro, que ya había sido puesto al corriente de este asunto por el Espíritu Santo, fue con los enviados de Cornelio, quien lo esperaba en su casa con sus parientes y amigos íntimos para oír todo lo que Dios había mandado (Hch.10:24-33). Viendo Pedro el encargo de parte de Dios, empezó a predicarles el Evangelio, comenzando por el ministerio terrenal del Señor, continuando por el anuncio de su sacrificio, muerte y resurrección ;Entonces Pedro fue interrumpido por un hecho maravilloso!: “*Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.*” (Hch.10:44) ;Qué maravilla! ;Qué manifestación tan gloriosa! Lo que el hombre no puede alcanzar con sus más altos intentos religiosos y sus obras más sublimes, pues, ¿cómo Cornelio y los suyos podrían conocer y creer en Aquel de quien no habían oído? ;Y quién enviaría a alguien que les predicase para que creyesen? Más cuando Dios envió a Pedro para que les predicase el glorioso Evangelio, mientras aun escuchaban, fueron persuadidos por el mensaje y creyeron, viniendo sobre ellos el Espíritu Santo por la fe verdadera que viene por el oír la Palabra de Dios. No hay otro medio por el cual podamos tener una fe genuina, sino por la maravillosa Palabra de Dios, la cual es el testimonio de Dios para los hombres acerca de Sí mismo y de su Hijo, quien vino a dar su vida en rescate por los pecadores,

para que creyendo en Él tengan vida eterna.

La religión no salva

El ejemplo de Cornelio nos recuerda que el esfuerzo religioso de toda una vida podría terminar en un rotundo fracaso. La religión es inútil para proveer al hombre de verdadera piedad que permanece para vida eterna. Las obras más sublimes de la religión de los hombres son para Dios apenas un trapo inmundo que ni merece ser presentado (Is.64:6). Además de sus buenas obras, a Cornelio se le apareció un ángel para indicarle que debía mandar a llamar a Pedro, pero ni siquiera el haber visto un ser angelical era suficiente para proveer a Cornelio la fe que salva. Hay muchos que dicen haber experimentado el poder de Dios recibiendo sanidades, siendo libres de espíritus inmundos y siendo librados de grandes dificultades en Su Nombre y, sin embargo, siguieron su camino de justificación propia o iniquidad, mostrando que estas cosas son insuficientes para producir en el hombre verdadera fe. Además, podríamos ser sinceramente religiosos a la manera de Cornelio, quien temía a Dios, ayudaba de corazón al pueblo con limosnas, y no sólo era un líder en su trabajo, en el cual influenciaba a otros, sino también en su hogar, con su familia, a la cual guiaba a la piedad; oraba continuamente, presentándose delante de Dios con solicitud, y mostró rápida obediencia al enviar a buscar a Pedro, demostrando su sincera disposición a escuchar el mensaje que Dios le había mandado, invitando incluso a otros para que también pudieran oír y, sin embargo, no era salvo; y no lo será ninguno que, aún con toda sinceridad y abnegación, invierta su vida en buscar la salvación, a no ser que reciba la fe que viene de escuchar y creer en el glorioso Evangelio de Dios.

La responsabilidad de predicar el Evangelio puro

Si predicamos el Evangelio, los hombres pueden recibir la fe que viene de Dios, una fe verdadera y sólida en el Hijo de Dios. Pero hoy en día, en muchas congregaciones se está haciendo a un lado el glorioso encargo de la predicación de la Palabra, y con gran ligereza y astucia se ha introducido vino adulterado en el odre: un mensaje que produce una falsa fe, un falso evangelio que no tiene poder para salvar a los que lo oyen, una predicación que ya no es de la Palabra de Dios; chistes, anécdotas, otros libros que no son la Biblia, psicología y fábulas abundan en los púlpitos de los “cristianos”, no trayendo fe en la verdad, sino presunción y blasfemia. Mas Dios, conociendo de antemano estos tiempos, inspiró a Pablo a escribir lo siguiente a Timoteo: *“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”* (2Ti. 4:1-2). Pablo está diciendo al joven Timoteo que Dios está por Testigo del encargo que Timoteo recibió de predicar la Palabra; y él debía cumplir con este llamado del Señor en todo tiempo con toda diligencia. ¡Qué responsabilidad tan grande! El Evangelio puro debe ser predicado conforme a las Escrituras; si no, los hombres no podrán recibir la fe verdadera que salva y transforma las vidas, no podrán oír para creer en Aquel que es el único que puede librarlos del poder de la ruina del pecado y del poder de la muerte. No debemos cambiar la predicación del Evangelio por nuestros programas y estrategias sacadas del mundo; éstas son incapaces de persuadir a los hombres para que confíen en Dios; la músi-

ca, el drama, la elocuencia, el carisma personal, sólo podrán conmover superficialmente al alma; mas la poderosa Palabra de Dios es el único medio para dar vida a un espíritu muerto por medio de la fe en el Evangelio glorioso de nuestro Señor Jesucristo. Si predicamos “otro evangelio”, uno diluido o falsificado, estaremos siendo responsables ante Dios por haber dejado de lado su Palabra, condenando a maldición y muerte a quienes nos escuchen. (Gá. 1:8-9).

“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comecón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.” (2Ti. 4:3-4). Esta advertencia de Pablo se hace realidad en nuestros días. Muchos corren tras sus deseos de escuchar “lo novedoso”, lo cual es realmente el mismo engaño de siempre de la falsa religión y superstición, las cuales no nos pueden dar una fe real en Dios. Por esta causa, como en aquel entonces, debe ser oída la santa exhortación que clama: *“Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.”* (2Ti. 4:5). Pablo nos anima a ser medidos para no caer en los excesos que llevan a adulterar el Evangelio, a ser justos en nuestra manera de vivir en medio de las adversidades, cumpliendo nuestra responsabilidad de predicar el Evangelio puro e íntegro, como nos lo encargó el Señor.

Examina tu fe

El mundo seguirá creyendo en sus ídolos y poniendo su fe en vanidades ilusorias, que lo llevan lentamente a su destrucción. Pero nosotros, los que decimos creer en el Señor, de-

bemos examinarnos a nosotros mismos, para comprobar si nuestra fe tiene su fundamento en el Evangelio de Dios y su Palabra, o si más bien estamos corriendo en la misma dirección de aquellos que se pierden, engañándonos a nosotros mismos y creyendo en vano “otro evangelio”, que no proviene del fundamento sólido de Dios, el cual es Su Palabra: “... por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano.” (1Co. 15:2).

Por tanto, retengamos con valor la fe en el Evangelio que fue predicado desde el principio, conforme a las Escrituras (1Co. 15:3-4) ¡No tema tomar la Palabra de Dios! Deje que Su Luz exponga la solidez o la flaqueza de sus convicciones, sabiendo que sólo por el testimonio de Su Palabra, Dios le dará la fe verdadera y sólida que vence al mundo, la fe genuina que viene de Él.

Alberto Rabinovici

.....

“Tu testimonio personal, sin importar cuán significativo sea para ti, no es el Evangelio ¡Predica la Palabra!”

R.C. Sproul

“Los santos de Dios, en todos los tiempos y en todos los lugares, no sólo creían en el ayuno, sino que también lo practicaban.”

Martyn Lloyd Jones

CARACTERÍSTICAS DE UNA FE GENUINA

*“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho
más preciosa que el oro...” (1 Pedro 1:7)*

Para saber si nuestra fe es genuina o no, no deberíamos compararnos con otras personas; si bien la experiencia personal de otros cristianos puede ser enriquecedora, la Biblia nos da suficientes pruebas para examinar nuestra fe, comprobar si ella tiene todas las notas espirituales que contienen la melodía de la salvación y el nuevo nacimiento.

Juan escribió con este propósito: *“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.”* (1Jn. 5:13). No son pocos los que dudan si su fe es genuina o no; de hecho, la Palabra tiene el propósito de estimularnos para que tengamos confianza y seguridad en la obra redentora de Cristo.

Este pequeño grupo de características descritas a continuación puede ayudarnos a una comprensión real de nuestra situación espiritual y a un examen profundo de nuestra fe.

- Conocimiento adecuado

“...Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón **que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.**” (Ro. 10:8-9). Este versículo se refiere al contenido de la fe, los datos o la información que el pecador debe saber para poder ser salvo. El pecador no puede ser salvo poniendo su fe en algo falso, aunque sea sincero en su creencia. Es por eso que debe tener conocimiento de quién es Cristo, de su obra, de su muerte, de su resurrección, de su exaltación y señorío.

Un conocimiento falso no produce una fe verdadera, la negación o distorsión de algunas de las verdades esenciales del Evangelio producirá un evangelio anatema. La Divinidad de Cristo, su encarnación, su muerte expiatoria, su resurrección al tercer día, su ascensión al Cielo, su inminente retorno y el Juicio Final son verdades no negociables, y son la línea de separación entre la fe verdadera y todo tipo de engaño espiritual.

En otras palabras, este elemento tiene que acompañar nuestra fe: la doctrina correcta. Juan ya nos advertía: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo.” (2 Jn. 9). Esta doctrina verdadera es la enseñanza revelada en las Sagradas Escrituras, dada por los profetas, el Señor Jesucristo y por los apóstoles. Yo tengo la responsabilidad de corroborar si mi fe está enraizada en la verdad escrita de Dios en Su Palabra.

- Convicción profunda

“Porque con el corazón se cree para justicia...” (Ro. 10:10). La naturaleza de nuestra fe es una certeza profunda en el corazón. En lo íntimo de nuestro ser hay una convicción inalterable e incommovible. Más allá de las emociones o entendimiento intelectual (aunque son incluidos), la persona ha sido convencida de su condición pecaminosa y del poder salvador de Jesucristo. Como decía el conocido reformador Martín Lutero: “Me miré a mí mismo, y vi imposible salvarme; miré a Jesús, y vi imposible perderme”. El conocido teólogo Louis Berkhof lo comentaba de la siguiente manera: “Cuando uno abraza a Cristo por la fe, lo hace con profunda convicción de la verdad y de la realidad del objeto de la fe, siente que esa fe satisface en la propia vida una necesidad sumamente importante...”

J. C. Ryle hablaba de esta misma realidad con las siguientes palabras: “Puesto que el creyente ha aceptado la obra completa y muerte de Cristo en la cruz, él cree que es considerado justo delante de Dios, y puede esperar la muerte y el Juicio Final sin miedo. Podrá tener temores y dudas. Pero pregúntele si está dispuesto a confiar en cualquier cosa o persona en vez de Cristo, y verá lo que le responderá. Pregúntele si depositaría su esperanza de vida eterna en su propia bondad, sus propias obras, sus oraciones, su guía espiritual, o su iglesia, y escuche su respuesta: “¡Por supuesto que no!” Y esta gran certeza es una evidencia que el don de la fe de Dios ha venido al corazón de un pecador dándole vida y convicción.

- Confesión verbal

“*Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.*” (Ro. 10:13). La confesión verbal bíblica va mucho más allá de la repetición de una oración o la simple confesión de un pecador. Es la expresión pública de la convicción interna. Es la manifestación de un corazón donde abunda plenamente Cristo y su Espíritu. Es el testimonio al mundo visible e invisible de la transformación del corazón y de la nueva fe ya experimentada. Todo aquel que ha creído verdaderamente en Cristo no tendrá miedo de confesarlo; él irá a su familia, a sus amigos, a sus vecinos, a sus compañeros de trabajo para anunciar las Buenas Nuevas de salvación. Pablo enseñaba claramente esto: “*Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos.*” (2 Co. 4:13). Es una característica común de los hombres redimidos dar testimonio de su fe. Puede que en primera instancia el creyente tenga algunas dificultades para hacerlo, pero la realidad interna de su fe superará toda barrera, y él prontamente se volverá un atalaya de Cristo para todos a su alrededor.

Entonces, cuando nos encontramos fríos y despreocupados con la salvación de las personas a nuestro alrededor, cuando no hemos hecho nunca una confesión pública de nuestro amor y fe en Jesús, podemos pensar que aún estamos lejos del camino de la salvación. Como alguien decía en el pasado: “Ninguno que vaya para el Cielo, querrá ir solo”. Un buen termómetro de lo que hay en nuestro corazón son nuestras palabras; asimismo, la calidad de nuestra fe puede ser medida

por la calidad de nuestra confesión pública.

- **Relacionamiento íntimo**

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” (Jn. 14:23). El nuevo creyente manifestará espontáneamente un nuevo tipo de relación con Dios y con Jesucristo. Él ha sido trasladado del reino de las tinieblas al Reino del Hijo amado. Antes era enemigo de Dios; ahora es un hijo amado. Antes tenía un relacionamiento distante y religioso con Dios, a quien no conocía; ahora tiene una relación íntima, secreta y profunda con su Padre Celestial. Ahora él ama a Dios, y se siente profundamente amado por Él. Antes, él rezaba repetitiva y religiosamente; ahora él ora con el corazón derramado, y sus oraciones son respondidas. Pasó de la religión externa a la comunión verdadera con el Hijo de Dios.

Cuando nuestra fe es genuina tiene un alto porcentaje de relacionamiento con el objeto de nuestra fe, es decir, con nuestro Señor Jesucristo. Esta es una gran manera de escudriñar nuestra fe: nuestra vida de oración. Oración es relacionamiento, oración es comunión, oración es compañerismo celestial. El cristiano tiene deseos profundos de pasar tiempo con Dios, de conocerlo, de vivir para Él, de amarlo, de verle glorificándose en su vida, de obedecerle. Y nada mejor que el altar de la oración para saber si hemos pasado de muerte a vida, o si aún estamos en el profundo pozo de la muerte espiritual. La fe verdadera no es pasiva, es pro-

fundamente activa. No es un relajante, es un tónico. No nos duerme; nos despierta a nuestros deberes espirituales y nos lleva generalmente a profundizar en la comunión con Dios y la oración diaria.

- Experiencia con el Espíritu Santo

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.” (Ef. 1:13). El sello del Espíritu Santo nos habla de la intervención del Espíritu Santo en la vida del creyente, ahora manifestando su condición como hijo de Dios. Esta experiencia es única y definitiva en aquellos que han creído en Jesucristo. Ninguna fe es verdadera si no viene acompañada de la manifestación del Espíritu Santo, pues *“...si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.”* (Ro. 8:9). El cristiano es nacido del Espíritu (Jn. 3:5-6); regenerado por el Espíritu (Tit. 3:5); sellado por el Espíritu (Ef. 1:13-14); habitado por el Espíritu (1 Co. 3:17); bautizado en el Cuerpo de Cristo por el Espíritu (1 Co. 12:13). Debe andar en el Espíritu (Gá. 5:16) y ser lleno del Espíritu (Ef. 5:18).

El efecto de esto en la vida es claramente manifestado ya que produce cambios visibles, tanto en el área moral, como en el carácter, en la manera de relacionarse con Dios, en el relacionamiento con las personas y en la misma actitud hacia el pecado. La fe verdadera produce cambios verdaderamente poderosos en nosotros. Pablo, hablando de los corintios, decía que algunos de ellos, en su pasado (an-

tes de entregarse a Cristo), habían sido fornicarios, ídólatras, adúlteros, afeminados, homosexuales, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes y estafadores (1 Co. 6:9-11). Pero su fe en Cristo los había lavado, justificado y santificado. Así de poderoso es el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que cambia hombres pecadores en hombres santos, quita sus vicios pecaminosos y los inclina hacia la santidad; juzga su inclinación hacia la carne y sus deseos, y los estimula a buscar y andar en las cosas del Espíritu. Esto es algo experimentado y demostrado en la vida del verdadero creyente. Ahora él tiene una nueva vida con atmósfera celestial. Juan describía esta realidad con las siguientes palabras: *“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”* (1 Jn. 3:6). La práctica del pecado sin arrepentimiento, confesión y abandono es una señal de que no hemos conocido a Cristo y de que nuestra fe es falsa. El borracho que sigue siendo borracho, y dice que es cristiano, está mintiendo y se está engañando a sí mismo, aunque lleve cinco años asistiendo a reuniones cristianas. El fornicario que sigue practicando la fornicación, sin experimentar arrepentimiento, nunca ha creído verdaderamente en el Evangelio.

Es cierto que el creyente no llega a ser perfecto en su conversión, y tendrá una lucha continua y constante con su vieja naturaleza y el pecado que aun mora en su carne; pero él ya no se siente satisfecho con el pecado, no le agrada; al contrario, cuando peca se siente avergonzado, sucio, deprimido y culpable. Sólo la confesión, el reconocimiento y la sangre de Cristo vuelven a traerle esa sagrada paz interior. Las ovejas pueden caer en el lodo, pero sólo los cerdos se revuelcan y lo disfrutan. Nuestros con-

flictos con el pecado sólo cesarán cuando estemos en la Gloria. Pero manifiesto es que la santidad y la pureza son metas a las cuales nos lleva la verdadera fe, y esta obra del Espíritu Santo es revelación de una fe genuina y poderosa.

EL orgullo y la altivez

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” (Ef. 2:8-9). Por último, sin decir que hemos agotado todos los asuntos, podría decirse que la fe genuina en el Evangelio derriba el orgullo y la justicia del hombre, llevándolo sólo a confiar con humildad en la obra de Cristo. El hombre entiende que no puede ser aplaudido por nada en cuanto a la salvación; él no demanda ningún reconocimiento, y no participa con ningún mérito; él es un indigente espiritual, carente de todo recurso y desprovisto de todo medio, y el hombre de fe verdadera lo reconoce y no tiene problema en humillarse. Louis Berkhof, comentando esto, decía: “...Consiste en una confianza personal en Cristo como Señor y Salvador, incluyendo el sometimiento a Cristo del alma que se considera culpable y manchada, y que ésta reciba y se apropie de Cristo como la fuente del perdón y de la vida espiritual”.

El conocido predicador inglés Charles Spurgeon lo explicaba de la siguiente manera: “La fe excluye toda gloria. La mano que recibe limosna no dice: ‘Me deben dar las gracias, porque he aceptado la limosna’. Esto sería absurdo. Del mismo modo, Dios ha escogido la fe para recibir el don inefable de su gracia porque no puede atribuirse ningún mérito, sino

que tiene que adorar al Dios de toda gracia, que es Dispensador de toda dádiva perfecta. La fe pone la corona en la cabeza que corresponde”. Sólo Cristo puede ser coronado. Sólo Cristo debe ser glorificado. ¡Sólo Él! ¡Y tan sólo a Él sea la gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén!

Exhortaciones Finales

Notará el lector que después de considerar algunas pocas características del calibre de una fe genuina, todos podemos examinar nuestras vidas. Este examen concienzudo delante de la verdad pueda aclararnos la clase de fe que estamos teniendo, si estamos verdaderamente en Cristo o no. Dios siempre quiere sacar al hombre de la apariencia, para llevarlo a la realidad; del engaño, para conducirlo a la vida; de la hipocresía, para llevarlo a la sincera fe en Cristo Jesús.

Aquel que ha sido señalado y juzgado por el fracaso de una fe infructífera y falsa, puede estar percibiendo un sentimiento de indignidad y muerte espiritual. Ahora, en este punto, es bueno recordar que Dios destruye nuestra confianza en nosotros mismos para que sólo confiemos en su gracia y acudamos a Él. La Palabra de Dios desenmascara al hombre, su condición, su culpa e indignidad. Y en ese contexto de densa culpa por el pecado, de desánimo y quebrantamiento, es donde la luz del Evangelio, generalmente, comienza a alumbrar. Así que podemos volvernos de todo corazón a Cristo, lavando nuestros pecados en Su Sangre, suplicando el perdón y la salvación. La oración penitente, que humilla al hombre y engrandece a Cristo y Su Palabra, abrirá siempre las puertas del Cielo para el pecador que cree y se arrepiente.

Ahora el hijo de Dios, con una verdadera fe, se sentirá estimulado y confortado al ver que su fe puede pasar por el fuego de la Palabra y salir en alabanza y victoria. Ahora puede descansar tranquilo, disfrutar de la alegría y del gozo de su salvación; él ya está preparado para ir al Cielo. Tiene una armadura para la vida presente y para la vida venidera. Puede vivir con esperanza en sus pruebas y enfrentar la muerte con todo valor. La fe, ciertamente, nos ha brindado paz, gozo y descanso espiritual.

¡Gloria y honra al Autor de nuestra fe y salvación, nuestro Señor y Salvador Jesucristo!

Pablo David Santoyo

.....

La mayor necesidad del hombre no es la salud, el placer, la riqueza o el poder, sino la salvación. La mayor tragedia del hombre no es la pobreza, la enfermedad o la muerte, sino el estar separado de Dios y bajo su ira. El pecado es la mayor tragedia del hombre. El pecado es peor que el hambre, que la pobreza, que la enfermedad y la muerte misma. Todos estos males juntos no pueden separar al hombre de Dios, pero el pecado lo separa ahora de Dios, y después, lo separa para siempre de Su Presencia.

Hernandes Dias Lopes

LA FE QUE PRODUCE OBRAS

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:10)

El verdadero cristianismo no consiste en un conjunto de normas y enseñanzas éticas. No es alguna nueva filosofía o algo que simplemente se ocupe de enseñanzas. El verdadero cristianismo va mucho más allá de la mente, él toca todo nuestro ser, toda nuestra conducta, todo nuestro modo de vida práctica. Hay efectos visibles de una verdadera fe. En resumen: El verdadero cristiano es alguien que tuvo una transformación de vida; muchas cosas que él practicaba ya no las hace más; muchas otras que odiaba, ahora se volvieron su práctica de vida.

Como el viento

El Señor Jesús, cierta vez, dijo: *“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”* (Jn. 3:8). ¿Qué quiso decir el Señor con esta frase? Él está diciendo que todo aquél que nació de Dios, nació del Espíritu, tuvo un cambio interior; ese cambio no es visible a los ojos naturales, pero los efectos de este cambio pue-

den ser notados externamente a través de la vida práctica. Es como el viento. Usted no puede verlo, pero puede percibir sus efectos moviendo las hojas de los árboles, en los remolinos, en las olas del mar. Aunque no puede ser visto, él es real, y produce resultados que pueden ser percibidos por todos. Así es aquel que es nacido del Espíritu.

No existen rayos X capaces de examinar el interior del hombre, verificar si su espíritu fue vivificado, si él nació de nuevo. Pero aquello que este individuo produce externamente demuestra si verdaderamente hubo un cambio interior en él o no.

Creados para buenas obras

Muchos piensan que el objetivo de la salvación es simplemente vivir algún día en el Cielo. Piensan que la vida cristiana se resume solamente en ser libre de la condenación. No desmerecemos esta parte de nuestra salvación; solamente debemos pensar que ella no se limita a eso.

En el texto de Efesios 2:8-9 se nos dice que fuimos salvos por la gracia, mediante la fe, y que esto no viene de nosotros, no viene de obras, para que nadie se gloríe. En seguida, en el versículo 10 dice que “...somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” La preposición ‘para’ deja clara la idea de finalidad, propósito, objetivo. Es decir, nuestra salvación tiene un objetivo, un propósito, tiene una finalidad. Dios nos creó en Cristo Jesús para buenas obras que fueron preparadas de antemano para nosotros.

Tenemos esta misma idea en Tito 2:14. Allí dice que Cristo se dio por nosotros con la finalidad de redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí mismo un pueblo exclusivamente suyo, celoso de buenas obras. La obra de Cristo, que es recibida por la fe, tiene el objetivo de volvernos Su pueblo, pueblo celoso de buenas obras. Pablo instruye a Tito como lo que él es, como siervo de Dios, que debe ser un modelo de buenas obras (2:7); y también dice que aquellos que creen en Dios deben ser solícitos en buenas obras.

Tenemos textos en abundancia que demuestran que un cristiano verdadero es alguien que practica el bien y es celoso de buenas obras.

¿Qué son estas obras?

Todo aquello que hacemos, hablamos, todo lo que producimos con palabras o acciones, son definidas como nuestras obras. La figura más clara en la Palabra de Dios para tales obras son los frutos. Somos árboles que producimos buenos frutos (buenas obras), o producimos frutos malos (malas obras) (Mt. 7:17).

Todo nacido de nuevo recibió la vida de Cristo dentro de él, y ahora posee todo lo que necesita dentro de sí mismo, en su espíritu; él fue regenerado, Dios le dio un nuevo espíritu, puso dentro de él al Espíritu Santo. Ahora este hombre tiene la fuerza motriz que necesita para vivir en novedad de vida.

La fe sin obras es muerta

La fe es algo activo, es energía de vida. Donde existe fe existen obras, las cuales son los frutos de esta fe. En otras palabras, donde no existen obras, no existe fe.

Pablo, al saludar a los tesalonicenses, dijo que no cesaba de recordar la “obra de la fe” que ellos tenían (1Ts. 1:3). ¿Qué significa esto? Significa que la fe produce obras. Cuando alguien cree en Jesucristo, se vuelve trabajador arduo en el Reino de Dios. Si existe una fe verdadera, encontraremos obras. La salvación conduce al servicio. Eso es trabajo cristiano gobernado y energizado por la fe. Calvino decía que esto trata, tanto de la energía poderosa del Espíritu Santo, produciendo en el creyente el nuevo nacimiento, como del resultado, que es la capacidad de obrar en Cristo Jesús un servicio cristiano. Si continuamos leyendo el capítulo 1 de esta epístola (1 Ts.), veremos que este trabajo producido por ellos puede ser la evangelización en diversas partes del mundo.

Santiago dice que “la fe sin obras es muerta” (2:17, 20). Más adelante él dice: “... y yo te mostraré mi fe por mis obras.” (V.18) ¿Qué quiere decir esto? Que las obras son evidencia de una fe genuina; que la fe es atestiguada por las obras. No existe fe que no trabaje, no existe fe que no produzca; donde no haya frutos, no hay fe.

Ejemplos de buenas obras

Un estudio cuidadoso de las Escrituras nos hará notar que todos los hombres de Dios, en la Biblia, fueron hombres que vivieron por la fe, y que esta misma fe los condujo a una vida de obediencia a Dios. Ellos tuvieron una vida de buenas obras. La fe de ellos los condujo a una vida fructífera. Para el autor del libro a los Hebreos debe haber sido muy difícil seleccionar aquellos personajes del capítulo 11 de su epístola. Incluso, al final del capítulo, se nota el sentimiento del autor por haber dejado fuera a muchos. Los hombres y

mujeres descritos allí son considerados en la historia de la Iglesia como Héroes de la Fe. Personas que vivieron una vida llena de grandes hechos, todo eso como consecuencia de su confianza en Dios.

Vea el caso de Moisés (He. 11:23-29). La fe lo llevó a rehusar ser considerado hijo de la hija de Faraón, aunque eso le costase el precio de ser maltratado con el resto de los israelitas; él prefería eso a los placeres de Egipto. ¿Qué convicción lo llevó a cambiar todos los placeres de ser hijo de una hija de Faraón por sufrimiento? Él, por la fe, sufrió con el pueblo de Dios. ¿Y por qué? Porque sus ojos estaban puestos en el galardón de Dios; él confiaba que habría el día de la recompensa para los siervos de Dios. Todo eso fue producido mediante la fe; él vivió por la fe.

La fe lo llevó a abandonar Egipto, a no tener miedo de la ira de Faraón, la fe lo llevó a permanecer firme como alguien que ve aquello que no se puede ver; él enfrentó a Faraón, el hombre más poderoso de aquella época, con osadía proclamó aquello que Dios le había ordenado. Entre sus obras está el hecho de ser él el instrumento de Dios para ejecutar juicio a través de las plagas que asolaron a los egipcios. La fe le hizo abrir el mar, atravesar como por tierra seca; en contraposición a eso, estaban los egipcios en su presunción pensando que podrían hacer la misma cosa. La presunción de ellos los llevó a la ruina. Por la fe condujo a millones de personas por el desierto. En ese tiempo Dios les alimentó con maná que descendía de los cielos. Por la fe construyó el tabernáculo, todo según como Dios le había ordenado, él obedeció, tuvo una vida de fidelidad a Dios. En el capítulo 3 del libro a los Hebreos se dice que él fue un hombre fiel en toda la Casa de

Dios. Sin duda, él es un ejemplo de vida movida por la confianza en Dios.

Hay muchos otros maravillosos ejemplos de fe en el capítulo 11 del libro a los Hebreos. Sería un maravilloso estudio meditar en la vida y en los hechos que la fe produjo en cada uno de los hombres y mujeres descritos allí.

En la historia de la Iglesia

En toda la historia de la Iglesia siempre ha habido hombres y mujeres que pisaron las mismas pisadas de fe de los hombres de Dios de las Escrituras. Siempre hubo personas que hicieron grandes hechos por causa de su confianza en Dios.

Anthony Norris Groves (1795-1853) fue un gran ejemplo de fe. Groves había decidido obedecer la orden de Jesús al joven rico, cuando le dijo: “...*anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo...*” (Mt.19:21). Cierta vez él donó una gran herencia a unas personas que estaban involucradas con la obra misionera; él tenía a Dios como su tesoro y suplidor de todas sus necesidades.

Groves renunció a un trabajo lucrativo de odontólogo para ser misionero, muy diferente de los misioneros modernos, él fue sin ningún apoyo financiero; él creía que Dios podría satisfacer todas sus necesidades con oración, como Él prometió en las Escrituras. Groves entendía que el misionero debería depender totalmente de Dios y de las habilidades que Dios le diera, en lugar de tener su confianza en algún tipo de apoyo financiero de terceros.

Groves fue llamado “el padre de las misiones de fe”; él lanzó la primera misión protestante a los musulmanes de lengua

árabe, y se estableció en Bagdad, más tarde en el sur de India; él deseaba volver al método de Cristo y de los apóstoles. Su objetivo era convertir indios y formar sus propias iglesias, sin depender de entrenamiento, autorización o financiamiento extranjero. Groves predicó el Evangelio, estableció iglesias, produjo diversos escritos, influyó a hombres como George Müller, Darby, Bellet, Bakht Singh, Watchman Nee, entre otros.

Otro ejemplo de fe fue el cuñado de Groves, el conocido George Müller, que es llamado “el apóstol de la fe”; él quedó a tal punto tan impresionado por el testimonio de Groves, que decidió vivir una vida de fe y dependencia de Dios.

Müller fue un hombre usado por Dios para crear orfanatos que recibieron a millares de niños de la calle. Cada necesidad que había era colocada delante de Dios. Cierta día por la noche, Müller le dijo a un compañero que no había nada para que los niños comieran al otro día por la mañana y pidió que orasen por la provisión. Muchas veces él oraba al Señor: “Señor, tus niños no tienen nada que comer”. Sin saber cómo, a la mañana del día siguiente, Dios había enviado lo suficiente para alimentar a los dos mil niños por un mes. Era la provisión de los cielos. El Señor despertó a una persona durante la noche y le mandó que enviara alimento para suplir a los niños. Episodios semejantes a este ocurrieron durante toda la vida de Müller. Hay un libro titulado “Cincuenta mil oraciones oídas”; en él están descritas varias de estas experiencias de fe en Dios que proporcionaron una vida de buenas obras. Era impresionante la fe que él tenía en Dios y lo que esta fe produjo en la vida de este hombre de Dios.

¿Cuál es nuestra actitud ante estos testigos?

Como dijo el autor a los Hebreos “...*teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos...*” (He. 12:1). Para nosotros, esta “tan grande nube de testigos” se ha vuelto aún mayor. Además de los personajes bíblicos, tenemos la historia de la Iglesia, donde hombres y mujeres de Dios vivieron una vida de fe que produjo en ellos muchos hechos. Siendo así, “...*despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante...*” (He. 12:1b).

Hay muchas cosas que nos estorban; éstas no son necesariamente pecaminosas, pueden ser cosas comunes, pero que son como una mochila pesada que nos impide producir buenas obras en Dios. Debemos abandonarlas, seguir el ejemplo de estos testigos que vivieron por fe.

El pecado también nos asedia en todo tiempo; debemos tratarlo con seriedad, abandonarlo inmediatamente.

Nuestros ojos deben estar en Cristo. Él es el Autor de nuestra fe. Nuestra fe procede de la Persona bendita del Hijo de Dios. Él es el Autor y Consumador de nuestra fe.

Querido lector, ¿usted ve que los hijos de Dios son personas activas en la Obra del Señor? Ellos son individuos que naturalmente manifiestan la vida de Cristo. Ellos son luz del mundo, sal de la Tierra, resplandecen como luceros en medio de una generación perversa.

¿Qué hemos hecho de nuestra fe? ¿Será que la estamos convirtiendo en algo abstracto, teórico, filosófico? ¿Será que verdaderamente entendemos para qué fuimos salvos? ¿Cómo hemos lidiado con esto?

Ante todo esto, que El Señor nos ayude a entender estas verdades para que podamos vivir de manera digna de Él y para Su entero agrado.

Las obras que Dios ha preparado para nosotros

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Ef. 2:10).

Todos creemos que la salvación es por fe, independientemente de las obras. Pero esta fe nos conduce a buenas obras. Muchas veces, cuando escuchamos hablar de ser participantes de la Obra de Dios, sentimos miedo, preocupación, pensamos que estando involucrados en el trabajo, no tendremos ninguna alegría.

Nos gustaría incentivar a los lectores a ser firmes, constantes, siempre abundantes en la Obra del Señor, sabiendo que esto les traerá inmensa alegría. Un hombre verdaderamente feliz, verdaderamente satisfecho con su existencia, es aquél que está andando en las Obras que Dios preparó para que él anduviese. Esa es la manera de glorificar a Dios y estar totalmente satisfechos en Él. Jesús dijo que había glorificado al Padre en esta Tierra, y eso hizo Él, completando la Obra que Dios le dio para hacer (Jn. 17:4).

¡Que podamos ser también imitadores de Cristo en las buenas obras en esta vida, por las cuales el pueblo de Dios debe ser conocido!

Marcelo Vieira

.....

El progreso del pecado en el hombre

“Primero lo asusta, después le resulta placentero, después fácil, y luego deleitoso, luego frecuente, después habitual, y finalmente ¡confirmado! Después el hombre es impenitente, después obstinado, luego resuelve nunca arrepentirse, y finalmente es condenado. Joven, para no llegar a esto, recuerda la regla que te doy este día: Resuelve de inmediato renunciar a cada uno de los pecados que conoces en ti.”

Jeremy Taylor

“El Evangelio no es salvación para todos, sino salvación para los que creen; para los demás, una sentencia de muerte.”

Paul Washer

“No hay puente del infierno al Cielo después de muerto.”

R. C. Sproul

MARTÍN LUTERO

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.” (Ro. 1:17)

Un día de julio de 1505, Lutero, un brillante estudiante de Leyes, regresaba a la Universidad de Erfurt luego de visitar a sus padres, y una tormenta se desató en los cielos sobre él, un rayo descendió con furia desde lo alto y lo tumbó al suelo. Aquel joven luchó consigo mismo para levantarse en medio de la lluvia y el sonido de los relámpagos. Entonces, aterrorizado, pronunció un voto solemne cargado de angustia: “¡Ayuda, santa Ana! ¡Me convertiré en monje!”

Refiriéndose a esa experiencia, el biógrafo Richard Baiton señala: “El hombre que así invocó a un santo, repudiaría más tarde el culto de los santos. El que juró convertirse en monje, más tarde renunció al monasticismo. Un hijo leal de la Iglesia Católica, más tarde destrozaría la estructura del catolicismo medieval. Siervo devoto del Papa, más tarde identificó a los papas con el Anticristo. Este joven era Martín Lutero”.

Su vida revela que uno de los legados más importantes es su ejemplo de confianza en la Palabra de Dios. Lutero decía: “El hombre que quiera oír hablar a Dios, que lea las Santas Escrituras”. Como el historiador Stephen Nichols afirma: “El verdadero personaje en el día de la Reforma no es Lutero: es la Palabra de Dios”.

Su confianza en la Biblia lo llevó a ser valiente al proclamar el Evangelio y descansar en su poder. “Ustedes, papistas, nunca lograrán lo que desean, hagan lo que hagan. Todos se rendirán ante el Evangelio que yo, Martín Lutero, he predicado. El Papa, los obispos, monjes, reyes, príncipes, demonios, la muerte, el pecado y todo aquello que no es Cristo ni está en Cristo, serán subyugados por este Evangelio”. Así se expresó el monje que Dios usó para cambiar al mundo.

A fin de dar el debido valor a la obra de Martín Lutero, es necesario recordar el obscurantismo y la confusión que reinaban en la época que él nació. Se calcula que por lo menos un millón de albigenses habían sido muertos en Francia en cumplimiento de una orden del Papa, que decía que esos “herejes” (que sustentaban la Palabra de Dios) fuesen cruelmente exterminados. Wycliffe, considerado como “la estrella del alba de la Reforma Inglesa”, había traducido la Biblia a la lengua inglesa (en 1382). Juan Hus, discípulo de Wycliffe, había muerto en la hoguera, suplicando al Señor que perdona-se a sus perseguidores. Jerónimo, de Praga, compañero de Hus, y también un erudito, había sufrido el mismo suplicio, durante el cual estuvo cantando himnos en las llamas hasta que exhaló su último suspiro. Juan Wessel, un notable predicador de Erfurt, había sido encarcelado por enseñar que la salvación se obtiene por gracia; aprisionaron su frágil cuerpo entre hierros, donde murió, lo cual sucedió en 1489, seis años después del nacimiento de Lutero. En Italia, quince años después del nacimiento de Lutero, Savonarola, un hombre dedicado a Dios y fiel predicador de la Palabra, fue ahorcado, y su cuerpo fue reducido a cenizas, por orden de la iglesia católica.

Fue en tal época que nació Martín Lutero, resonando así las palabras de uno de sus predecesores reformistas, Juan Hus, quien dijo en la cárcel, cuando fue sentenciado por el Papa a ser quemado vivo: “Pueden matar el ganso (en su lengua ‘hus’ quiere decir ganso), pero dentro de cien años aparecerá un cisne que no podrán quemar.”

Mientras caía la nieve y el viento helado aullaba como una fiera alrededor de la casa, nació ese “cisne”, en Eisleben, Alemania. Al día siguiente, el recién nacido fue bautizado en la Iglesia de San Pedro y San Pablo, y como era el día de San Martín (según el calendario católico), el pequeño recibió el nombre de Martín.

Ciento dos años después de que Juan Hus expirara en la hoguera, el “cisne” fijó en la puerta de la iglesia católica de Wittenberg, sus noventa y cinco tesis en contra de la venta de indulgencias, hecho que dio origen a la Gran Reforma. Juan Hus erró en sólo dos años en su predicción.

El monje atormentado

Martín Luder nació 1483 en Eisleben, en Turingia, región dependiente del electorado de Sajonia, Alemania. Andando el tiempo y recién conquistado el título de doctor, Martín cambiaría el apellido Luder por el de Lutero, derivándolo de Lauter, que en alemán antiguo significa “claro, límpido, puro”. Era el primogénito de los nueve hijos de Hans Luder, minero, hijo de campesinos, y buen católico, y de Margarethe Ziegler, mujer trabajadora, muy piadosa y devota, que inculcó en su hijo una piedad tan sombría que dejó en su alma una profunda tris-

teza. Ambos progenitores eran de familia pobre y muy severa.

Desde niño, Lutero mostró una mente excepcional y penetrante. Su padre quiso que él fuese abogado, y por eso se enojó con Martín cuando hizo su voto para convertirse en monje. Dos semanas después de aquella tormenta, Lutero ingresó al monasterio riguroso de los frailes agustinianos en Erfurt.

“Durante quince años de mi vida como monje, me agotaba hasta más no poder con los sacrificios diarios; me torturaba con ayunos, vigiliias, oraciones y otras obras muy rigurosas. En verdad pensaba que podía justificarme con mis obras”, dijo Lutero años después. En su búsqueda de paz con Dios, él era riguroso en extremo. Los otros miembros del monasterio llegaron a pensar que tenía serios problemas mentales. Martín podía pasar horas enteras confesando sus pecados, para luego salir del confesionario, recordar algún pecado no mencionado, y volver al padre confesor para seguir atormentándolo por horas.

Una mirada más detallada a su vida y educación nos ayuda a entender lo que ocurría en su mente. Como R. C. Sproul (teólogo y pastor estadounidense), explica: “Se dice que hay una fina línea entre la genialidad y la locura, y que alguna gente la cruza para atrás y para adelante. Quizás ese era el problema de Martín Lutero; él no estaba loco. Era sin duda un genio que tenía un entendimiento superior de la ley. Una vez aplicó su mente legal astuta a la ley de Dios, vio cosas que mucha gente no ve... La mente de Lutero era acosada con

esta pregunta: ¿Cómo puede una persona injusta sobrevivir en la presencia de un Dios justo?”

Su viaje a Roma

Entonces el joven monje atormentado recibió el equivalente a ganar un boleto de lotería: fue enviado a Roma en un viaje para asuntos del monasterio. Aquella era una ciudad llena de lugares y reliquias que, según la Iglesia Romana, al ser visitados los unos, y al ser veneradas las otras, hacían que las personas redujeran años en el purgatorio y acumularan mérito delante de Dios; ese mérito incluso podría darse a terceros. Entre las reliquias se encontraban extrañas cosas, como presuntos trozos de la cruz de Jesús, un pedazo de la “zarza ardiente” que vio Moisés, y un montón de objetos de ese tipo.

Lutero aprovechó ese viaje amasando mucho mérito y ayudando a personas en el purgatorio (o así lo creía él), pero vio de cerca la corrupción en el seno de la iglesia romana. Salió de aquella ciudad desilusionado y cargado de inquietudes. Seguía atormentado.

Noventa y cinco tesis de fuego

Luego de volver a Erfurt, Lutero fue transferido a la Universidad de Wittenberg. Allí recibió su doctorado en Teología en 1512, y empezó a enseñar la Biblia como profesor, cargo que mantuvo hasta el día de su muerte.

En 1517, la vida de la pequeña ciudad de Wittenberg empezaría a cambiar. Aquel año, el Papa León X autorizó reducciones en el castigo por los pecados a las personas que diesen dinero para la construcción de la Basílica de San Pedro en Roma. La forma en que se vendían y promocionaban estas reducciones, conocidas como *indulgencias*, resultó escandalosa para Lutero. Johann Tetzel, el principal encargado de la venta de indulgencias, exclamaba en público: “Tan pronto caiga la moneda a la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela”.

El 31 de octubre de 1517, Lutero clavó noventa y cinco (95) tesis al respecto en la puerta de la iglesia del castillo en Wittenberg. Todos los que irían a la iglesia al día siguiente, el día de los Santos, según el calendario católico, verían esas tesis clavadas. Era normal clavar avisos en las puertas de la iglesia, pero aquel martillo cambiaría la historia. Las tesis estaban en latín, la lengua de los estudiosos. Lutero quería un debate académico, y no una revuelta pública. En sus tesis argumentó que el arrepentimiento requerido por Dios para el perdón de los pecados involucraba una actitud interna en la persona, y no consistía sólo en un acto exterior sacramental.

El monje agustiniano no actuó como un reformador en ese momento. No lo era. Más bien actuó como un católico que quería ver a su iglesia cada vez mejor. Pero, desde el punto de vista humano, los eventos se salieron de control.

Algunas personas tomaron esas tesis y, gracias a la imprenta, en cuestión de días estaban siendo discutidas en toda Alemania. A la gente muy poderosa no le gustó lo que Lutero enseñó (empezando por Johann Tetzel), y lo acusa-

ron de hereje. Muchas otras personas estaban de acuerdo con las tesis. Así, Lutero se vio envuelto en diversos debates que, en la soberanía de Dios, lo presionaron a examinar, conforme a la Biblia, los cimientos del catolicismo romano.

Por ejemplo, Johann Eck, uno de los oponentes más formidables de Lutero, expresó en un debate, en 1519, que el verdadero asunto de disputa era sobre autoridad: “O el Papa tiene la última palabra, o la tiene la Biblia”. Lutero no había considerado eso con detenimiento hasta entonces. Así, Eck fue usado por Dios para conducir a Lutero a profundizar en lo que serían sus convicciones reformadas. El Señor tenía en mente una Reforma, y usó hasta a los enemigos de ella para llevarla a cabo.

Las puertas del Cielo abiertas

En los días posteriores a la divulgación de las tesis, Lutero abrazó el significado de Romanos 1:17 durante su estudio de la Palabra: “*Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá*”. Para Lutero, este pasaje hablaba de la justicia activa de Dios contra los pecadores. Por eso, en el fondo de su corazón, odiaba a Dios, ya que lo veía como un juez cruel hacia él, hasta que llegó a ver de qué trataba realmente ese texto.

Lutero dijo: “Al fin, por la misericordia de Dios, meditando día y noche, presté atención al contexto de las palabras [de Romanos 1:17]. Allí comencé a comprender que la justicia de Dios es aquello por lo cual el justo vive gracias al don de Dios, es decir, la fe. Y este es el significado: La justicia de

Dios es revelada por el Evangelio, es decir, la justicia pasiva con la cual el Dios misericordioso nos justifica por fe, como está escrito: ‘El justo vivirá por la fe’. Entonces sentí que había nacido de nuevo por completo y que había entrado al Paraíso a través de puertas que estaban abiertas”.

Lutero abrazó la doctrina de la justificación únicamente por medio de la fe en Cristo. Conoció el Evangelio y la paz que tanto anhelaba su alma atribulada. Su testimonio nos recuerda que Dios tiene poder para reformar el corazón de cualquier persona, por muy hundida que esté en una falsa doctrina.

“Aquí permanezco. Que Dios me ayude”

En junio de 1520, el Papa emitió una bula declarando que Lutero sería excomulgado de la iglesia si no se arrepentía en sesenta días. Lutero respondió siendo más audaz en la proclamación de sus ideas reformadoras basadas en la Palabra, en las cuales estaba profundizando aún más, y quemó el edicto papal en público, un acto de rebelión contra el Papa. La enseñanza de Lutero ganaba muchos adeptos que veían en él a alguien que estaba trayendo libertad.

El 16 de abril de 1521, a pesar de las advertencias de muerte, Lutero se presentó ante la Dieta Imperial, en la ciudad de Worms, convocada por Carlos V, emperador romano, para que Lutero fuese juzgado y se retractase de manera oficial. El ambiente en Worms era de leyendas. La ciudad estaba rebotando de expectativa. Un pobre monje encararía a las personas más poderosas del mundo. En la Dieta, los escritos de él fueron

puestos sobre una mesa, y se le dijo: “¿Te retractas de ellos, o no?”. Luego de pedir un día para considerarlo (oró con fervor aquella noche), Lutero volvió y, al recibir de nuevo la pregunta, respondió: “A menos que sea convencido por el testimonio de las Escrituras o por razón clara (pues no confío en el Papa o en el concilio, ya que es bien conocido que se han equivocado y se han contradicho a sí mismos con frecuencia), las Escrituras que he citado me obligan a mantenerme firme en esta posición, pues mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo, y no voy a retractarme de nada, ya que no es seguro ni correcto ir en contra de la conciencia. No puedo hacerlo de ninguna otra manera. Aquí permanezco ¡Que Dios me ayude! Amén”.

Así Lutero, en su momento más decisivo y uno de los más dramáticos de la historia, afirmó su convicción de que la Palabra de Dios es nuestra máxima autoridad.

El resultado de la Dieta: Lutero fue condenado a muerte. Le dieron 21 días para volver a Wittenberg y dejar su vida en orden, pero en el camino fue secuestrado por sus seguidores y escondido en el castillo de Wartburg. Aquel castillo, según Lutero, fue su Patmos en el período más difícil de su vida.

“La Palabra lo hizo todo”

En Wartburg (05/1521 a 03/1522), Lutero luchó contra su soledad, ocio, dudas y temores, aferrándose a la Palabra de Dios, y siendo prolífico en la Escritura. Entre sus hazañas produjo, en meses, una traducción impresionante de la Biblia al alemán del pueblo, marcando un hito en la historia de la lengua de la nación.

Mientras tanto, la Reforma se expandía, con reyes y personas poderosas abrazándola. Y en Wittenberg, los seguidores de Lutero buscaban implementarla a través de la fuerza. El historiador Michael Reeves explica: “[Ellos] daban la impresión de que la Reforma era realmente sobre atacar a sacerdotes y las imágenes de los santos, comiendo tanto como sea posible en los días de ayuno, y haciendo generalmente todo diferente sólo para librarse de las viejas maneras. Para la mente de Lutero, esto era un error demencial. Era tan malo como Roma al obsesionarse con lo exterior y entonces forzar cierto comportamiento. El problema que él vio en la iglesia católica no eran las imágenes físicas; primero, las imágenes necesitaban ser removidas de los corazones”.

Lutero tomó la determinación valiente de salir de su exilio y volver a Wittenberg, donde eventualmente fue protegido por personas influyentes. Allí se propuso buscar la Reforma, pero no a través de la fuerza, sino a través de la predicación de la Palabra. Como dijo a sus seguidores al volver: “Denles tiempo a los hombres. Me tomó tres años de estudio constante, reflexión, y discusión para llegar a donde estoy ahora, ¿y se puede esperar que el hombre común, sin enseñanza en tales asuntos, se mueva la misma distancia en tres meses? No supongan que los abusos son eliminados al destruir el objeto que es abusado. Los hombres pueden errar con el vino y las mujeres. ¿Deberíamos entonces prohibir el vino y abolir las mujeres? El sol, la luna, y las estrellas han sido adorados. ¿Deberíamos entonces quitarlos del cielo? Tal apuro y violencia es una falta de confianza en Dios. Miren cuánto Él ha sido capaz de lograr a través de mí, aunque yo no hice más que

orar y predicar. La Palabra lo hizo todo. De haberlo deseado, yo hubiese iniciado un gran incendio en Worms. Pero mientras yo me sentaba quieto y disfrutaba con Felipe y Amsdorf, Dios le dio al papado un poderoso golpe”.

Necesitamos entender lo que Lutero tenía en mente aquí si queremos ser usados en una nueva reforma espiritual en nuestros países. Sólo porque una iglesia luzca reformada no significa que en verdad lo sea. La clave en una reforma no son los cambios simplemente externos, sino el cambio que sólo la Palabra puede producir en nuestros corazones para que adoremos sólo a Cristo como nuestro Señor, Rey y Salvador. Por eso la confianza en el Señor y la paciencia son necesarias si hemos de predicar a Cristo. La Palabra en el poder del Espíritu Santo lo hace todo.

El púlpito de Lutero fue uno de los más poderosos en la historia de la iglesia; él era un hombre de la iglesia local y, por el resto de sus días, mientras al mismo tiempo fue un padre de familia (se casó con una monja fugitiva), su trabajo consistió en orar y enseñar la Palabra de Dios, para la gloria de Dios. Lutero decía: “La Biblia es una fuente admirable: mientras más uno saca de ella y bebe de ella, más estimula su sed”. Para él, toda ella es acerca de Jesús, quien vino a salvar a los pecadores. “Si sacas a Cristo de las Escrituras, ¿qué te queda?” Así, Lutero nos pregunta hoy: ¿Confiamos en la Biblia? ¿Vemos a Cristo centrado en ella?

“Todos somos mendigos”

En todo su ministerio, Lutero atesoró a Cristo como su roca y castillo fuerte. Su convicción de que el Evangelio eran las

buenas noticias de lo que Cristo hizo para nuestra justificación lo sostuvo y lo abrumaba cada día. Como escribió: “Es cierto que la doctrina del Evangelio les quita toda la gloria, la sabiduría, la justicia y demás, a los hombres, para atribuírse las sólo al Creador, que hace todo de la nada”. Por tanto, no tenemos nada para jactarnos.

Antes de morir, el 18 de febrero de 1546, en lo que podemos ver como una especie de eco de la Dieta de Worms, alguien le preguntó: “¿Estás listo para morir confiando en tu Señor Jesucristo y confesar la doctrina que tú has enseñado en Su Nombre?” Lutero respondió con un “¡Sí!” En aquel día para Lutero no había reliquias, ni confesiones extensas, ni súplicas a santa Ana. Tampoco temía a la muerte como el joven que fue abrumado por una tormenta un día de julio, hacía más de 40 años atrás. Su confianza estaba en el Señor. Sus últimas palabras fueron: “Somos mendigos. Eso es cierto”.

Hoy, 500 años después de los martillazos, en los inicios de esta Nueva Reforma, nosotros también somos mendigos. Que el Señor nos dé la confianza en Su Palabra como la dio a aquel monje que cambió el mundo predicando a Aquel, a Jesucristo, quien es el centro de todo.

“La Biblia está viva, me habla; tiene pies, corre tras de mí, tiene manos, me agarra”. Martín Lutero (1493 -1546)

Luisa Cruz

Fuentes: www.coalicionporelevangelio.org
Martin Lutero - Confianza en el poder de la Palabra
Biografías de grandes cristianos - Orlando Boyer

ENTREGA COMPLETA DEL CORAZÓN

“Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos.” (Pr. 23:26).

El corazón del joven es un tesoro invaluable. Muchos líderes han identificado esto; cada nueva ideología ha buscado cautivar el corazón juvenil, pues son los jóvenes los que cuentan con más años por delante, y mantienen con más fervor las ideas a las cuales se adhieren.

Por tanto, no es de extrañar que, históricamente, gran cantidad de jóvenes han abrazado ideologías como: el marxismo, el nazismo, el existencialismo, el feminismo, y otras. Y en todas ellas sobresalieron por ser fieles precursores de las ideas que decidieron seguir. Pero, ¿qué de aquellos jóvenes que han aceptado el camino que conduce a la vida? ¿Se podría decir lo mismo de la juventud cristiana? Es necesario abordar el tema que trata de una entrega total del corazón, pues muchos son los jóvenes que han hecho una profesión de fe en Jesucristo, le han “entregado sus corazones”, pero ¿ha sido una entrega total?

Desertando del cristianismo en la juventud.

Investigaciones han demostrado que de cada cinco jóve-

nes que han aceptado la fe cristiana, tres la han abandonado ¿Cuáles serían las causas? En un artículo de la página “Coalición por el Evangelio” (TCG), el investigador y apologista Steven Martins propuso tres causas de esta problemática en los jóvenes.

Primero: Preguntas sin respuestas. Los jóvenes, al llegar a las universidades, se encuentran con preguntas que atacan la fe cristiana, y muchos de ellos parecen no encontrar respuestas. Sin embargo, como diría un escritor antiguo: “El cristiano no debe tener temor de cavar la fosa de su fe”, ya que existen respuestas lógicas que no contradicen la razón, y dan evidencia de la veracidad de la fe cristiana. Por eso es necesario que el liderazgo cristiano pueda otorgar respuestas a las inquietudes que les son presentadas por los jóvenes cristianos.

Segundo: Sermones carentes de relevancia. Este punto es dirigido hacia el liderazgo, pues no se puede ignorar que una de las grandes necesidades en la época actual son hombres que puedan ofrecer sermones que aborden problemas de la actualidad. “Los pastores están sirviendo mal la Palabra de Dios, y le hacen un mal también a sus congregaciones, si no demuestran la relevancia perdurable de la Escritura en toda la vida. A pesar de que sus sermones son “expositivos”, nunca tocan temas culturalmente relevantes, como el aborto o el matrimonio entre personas del mismo sexo. Los jóvenes son muy conscientes de lo que sucede en la plaza pública: están expuestos a ella a diario, y es infructuoso cuando se les enseña la Biblia sin su aplicación”.

Tercero: Iglesias carentes de misión. Esto también constituye un problema en cuanto al liderazgo. “Hay un clamor que pide

algo más que transformación personal. Hay un clamor por formar parte de una narrativa más grande, por cumplir un papel fundamental en el plan de Dios en la renovación de su creación. Hay un deseo de luchar por un objetivo, trabajar hacia un fin, ser parte de algo más grande y significativo. Los jóvenes modernos ven a la Iglesia como un club social transitorio, una comunidad aislada que adopta una mentalidad de escape. Una Iglesia sin misión es una Iglesia sin identidad, ya que identificarse con Cristo es ser una “ciudad situada sobre un monte” (Mt. 5:14). La ciudad de luz es la que proclama al mundo la verdad objetiva y la justicia moral. Los jóvenes quieren formar parte de esto, de una gran narrativa, de un trabajo maravilloso que glorifica a Dios, de un lugar donde puedan usar sus habilidades y dones para avanzar el reino de Dios”.

Entrega superficial del corazón

Si bien lo que plantea el hermano Steven Martins son algunas de las causas de deserción de la juventud respecto del cristianismo, estos puntos son dirigidos hacia el cuidado que debe tener el liderazgo cristiano en cuanto a sus jóvenes. Pero en el presente artículo se propone una razón adicional en lo que concierne a esta deserción: una entrega superficial del corazón al Señor Jesucristo.

Es necesario hacer un examen de la entrega a Dios, pues son muchos los jóvenes que han “entregado su corazón a Cristo”, pero sus obras demuestran otra cosa. Los jóvenes han llegado a pensar que se puede servir a Dios de cualquier manera; llevan vidas dobles: sirven en la alabanza o en misiones, y aun así, siguen abrazando pecados secretos ¿Y todo por qué? ¿Porque sus corazones no son ente-

ramente de Dios! Vacilan entre dos pensamientos, tal como el pueblo de Israel en tiempos del rey Acab; y es preciso preguntar como lo hizo el profeta Elías: “*¿Hasta cuándo claudicáis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él...*” (1 R. 18: 21).

Joven, has estado por años entre el pueblo de Dios, asistes regularmente a reuniones, prestas algún servicio en la iglesia local, ¿pero es tu entrega verdadera? O se podrá escuchar de ti, como se escribió de Demas, aquel compañero del apóstol Pablo, que habiendo empezado bien, abandonó su fe por amar más el mundo (2 Ti.4:10). El corazón de Demas no era enteramente del Señor.

Un ejemplo de entrega total en la juventud

Berlín, abril de 1945. La última batalla que libraría el ejército nazi. Los últimos soldados del Führer son adolescentes que no llegan a los 15 años. Su único objetivo: proteger el búnker de Adolf Hitler, su líder supremo; y aunque no tenían posibilidad de ganar, habían jurado servirle hasta la muerte.

El movimiento de las Juventudes Hitlerianas consistía en adoctrinar jóvenes, implantándoles el pensamiento nazista de su líder. Refiriéndose a ellos, Hitler decía que serían el futuro de Alemania y del ejército nazi: “Somos viejos, pero mis mayores jóvenes son un recurso humano increíble, con ellos podría construir un mundo nuevo”. Este pensamiento le motivó para ganarse el corazón de ellos, pues Hitler sabía que serían capaces de servirle ciegamente y entregarse hasta la muerte por sus ideales.

La entrega del corazón de estos jóvenes es una gran enseñanza para nosotros. Ellos se entregaron a los ideales de una persona perversa como Hitler ¿Pero se podría decir algo parecido de los jóvenes cristianos que han realizado una entrega total a Jesucristo? El Señor lo único que ha deseado es el bien para Su pueblo ¿Qué podría decirse de las promesas de Dios? ¿Acaso no han sido ciertas? ¿No son suficientes Sus grandes obras realizadas? Aquí se mencionan algunas que muchos han escuchado y comprobado: Cristo se hizo hombre para sufrir en la cruz por causa de nuestra rebelión, pagó con Su sangre para redimirnos de nuestra culpa, nos libra de la condenación del pecado, nos ha librado de la pena del castigo eterno en el infierno, nos ha dado Su Espíritu Santo para que sea nuestro Maestro, Guía y Ayudador, ha quitado la inseguridad y la incertidumbre en cuanto al futuro, y nos ha dado una paz que sobrepasa todo entendimiento. ¿Acaso no es suficiente para que te entregues completamente a Él? ¿No es suficiente para que le entregues enteramente tu corazón, y Él sea el único merecedor de tu amor?

Responsabilidad de dar el corazón

Cuando la Biblia habla del corazón, no se refiere al órgano principal de nuestro sistema circulatorio, sino a la parte interior del hombre, donde radica su voluntad; es decir, hacia donde se dirija el corazón, irá el hombre. Por eso, el corazón de los jóvenes alemanes estaba con su líder, el Führer. Ahora, es necesario que cada joven cristiano entregue su ser enteramente a Cristo, y se dirija hacia donde Él vaya. Recuerden que Él ordena: “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida*” (Pr. 4:23). ¿Y qué mejor lugar

para guardarlo que en Dios mismo? Joven, toma en cuenta las tiernas palabras de Dios: “*Dame, hijo mío, tu corazón...*” (Pr.23:26). No se trata de que hagas una confesión sólo de labios, pues Dios ya ha escuchado muchas de esas. Se trata de que hoy dispongas tu ser entero para Él, y puedas decir: “Padre mío, toma enteramente mi corazón, pues sólo en Tus manos estará seguro”.

Entrega total del corazón

Dios requiere del hombre una entrega total. Uno de los pasajes tristes en las Escrituras se halla en el libro de 2ª de Crónicas (25:2) donde dice de la vida del rey Amasías: “*Hizo lo que es recto a los ojos de Jehová, aunque no con entero corazón.*” (NTV) ¿Cuántos jóvenes, como Amasías, pretenden hacer lo bueno a su manera e intentan agradar a Dios, pero no con una entrega completa del corazón? Dios no quiere el 50 o el 90 % de tu corazón. Él quiere todo, pues Él es digno de recibirlo todo. Gran cantidad de jóvenes han hecho una entrega del corazón a Dios, pero, tal cual Amasías, no ha sido una entrega total. Y así como este rey de Judá continuó adorando dioses paganos de las otras naciones, así hay jóvenes que siguen sirviendo a sus concupiscencias, siguen abrazando la pornografía, la fornicación, las mentiras, las borracheras, y andando en compañía de amistades impías. Creen que Dios se conformará con las sobras de sus corazones. Jóvenes, tengan en cuenta la advertencia del obispo anglicano J.C. Ryle: “Joven, no te engañes. No pienses que puedes servir a tus concupiscencias y placeres primero, y luego ir y servir a Dios con facilidad después”.

Es una burla terrible delante de Dios que el joven cristiano piense que puede servir a dos señores.

El corazón del joven y los caminos de Dios.

Los jóvenes que no han hecho una completa entrega de sus corazones a Dios, son aquellos que no pueden discernir Sus caminos. Por eso les resulta difícil el caminar cristiano, porque sus ojos no pueden fijarse en el camino angosto que Dios ya ha trazado: “...y miren tus ojos por mis caminos” (Pr.23:26). Los caminos de Dios son aquellos senderos que guían a la vida.

Miremos algunos aspectos ya mencionados, en los que el corazón del joven está dividido, siendo ésta la razón por la cual muchos viven en aflicción, pues es imposible agradar de corazón a dos señores: “...porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro...” (Mt. 6:24).

Pasiones juveniles

Entregarse a las pasiones juveniles (deseos sexuales ilícitos, lujuria, lascivias, y otras) ha hecho que considerable cantidad de jóvenes abandonen el camino recto de la vida. Se han ido tras sus concupiscencias y han traído amargura a sus almas; todo por causa de una entrega superficial a Dios. No puede haber nada bueno para el joven fuera de Dios. Si tu corazón no es enteramente de Dios, no vas a poder huir de las pasiones juveniles, ni seguir “*la justicia, la fe, el amor y la paz*”, y es evidente que tampoco vas a querer estar “*con los*

que de corazón limpio invocan al Señor”. (2 Ti. 2:22). Toma en cuenta este llamado: “*Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos*”.

Relaciones sentimentales

Muchos jóvenes han abandonado su fe por causa de las relaciones sentimentales. La Palabra del Señor ha sido clara al advertir: “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos...*” (2Co.6:14). Pero al no hacer una total entrega del corazón a Dios, los jóvenes han caído en el *abismo profundo*, que es la *ramera*, y han quedado atrapados en un *pozo angosto*, que es la *extraña* (Pr.23:27). Son muchos los que han perdido su juventud en relaciones sentimentales que sólo han traído dolor a sus corazones. Han dado sus años a gente despiadada, y cuando sus cuerpos al final han sido consumidos, han gemido: “*¡Cómo aborrecí el consejo, y mi corazón menospreció la reprobación; no oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mi oído!*” (Pr.5:9-13). Joven, recuerda lo que el Señor dice: “*Dame, hijo mío, tu corazón...*”, para que puedas huir de la mujer extraña, y no pierdas tus años.

La obediencia

La obediencia es la prueba de una entrega completa del corazón a Dios. Actualmente, es común escuchar: “Dios conoce mi corazón. Él sabe que le amo”. Pero, ¿es cierto esto? Afirmar que se ama a Dios, sin obedecerle, no es congruente con lo que declaró el Señor Jesús: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos.*” “*...El que me ama, mi palabra guardará...*” “*El que no me ama, no guarda mis palabras...*” (Jn.

14:15,23-24). Joven, no te engañes, Dios demanda de sus hijos obediencia. No pienses que puedes vivir como el rey Saúl, quien pensaba que podía “obedecer” a su manera, porque así, como él, también terminarás siendo reprobado. Toma en cuenta esta recomendación: “*Dame, hijo mío, tu corazón...*”, para que puedas obedecer de todo corazón a Dios, y puedas decir: “*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón.*” (Sal. 40:8).

El amor al mundo

Joven, no es posible amar al mundo y al mismo tiempo amar a Dios. Recuerda: “*Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.*” (1 Jn. 2:15). Al hacer referencia al mundo, el apóstol Juan no está hablando del plano natural, del lugar donde vivimos; él hace referencia a todo el sistema que se opone al Señor, lo que el hombre ha creado para “ser feliz alejado de Dios”, o lo que la Biblia llama: “*...los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida...*” (1 Jn. 2:16). No puede haber una entrega total del corazón si aún hay esperanza de obtener lo que el mundo pueda ofrecer. Joven, recuerda el ejemplo de Demas, quien abandonó su llamado por amor al mundo (2 Ti.4:10). Recuerda además que: “*...el mundo pasa, y sus deseos...*”. No rechaces esta invitación: “*Dame, hijo mío, tu corazón...*”, pues también debes recordar que “*...el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.*” (1 Jn. 2:17).

Beneficios y aplicación final

En último lugar, es importante mencionar los beneficios

que traería a la Iglesia la entrega total del corazón de los jóvenes cristianos. Hay mucha necesidad en la Iglesia. Se necesitan manos para la obra del Señor, pero hay pocos jóvenes consagrados para realizar la labor. Muchos de los pastores y ancianos de nuestras iglesias están ya llegando al final de sus carreras, y son pocos los jóvenes con los cuales se cuenta para relevarles.

“Joven, Dios te necesita en Su obra. Piensa en el instrumento para bien que puedes ser en el mundo. La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos. Sé fiel en realizar buenas obras. Ven a ayudar a tu Señor en su lucha contra el poderoso Satanás. ¿Es mejor ser inútil, frívolo, estorbo inútil en la tierra, vivir para tu cuerpo, tu egoísmo, tus deseos, tu orgullo, o vivir dedicado a la gloriosa causa de ser útil a tus semejantes? ¿A quién no le gustaría dejar este mundo como Josías, que fue lamentado por todos, en lugar de partir como Jeroboam, sin que lo desearan más? (2 Cr. 21:20)”. J.C. Ryle.

Joven, recibe este consejo: No sigas pensando que es posible hacer una entrega superficial de tu corazón a Dios. Revisa tu corazón. Pregúntate: Corazón mío, ¿eres enteramente de Dios? Pues de seguro si has entregado enteramente tu corazón a Dios, cuando venga el ataque de Satanás para querer apartarte del camino de la vida, lo resistirás, y no serás contado entre aquellos que han abandonado su fe. Que ya no se diga de ti como se decía del pueblo de Israel: “*Está dividido su corazón...*” (Os. 10:2); que, en lugar de eso, seas de aquellos que el mundo respeta porque actúan valientemente para Dios.

CARACTERÍSTICAS DE LAS FUNCIONES DEL HOMBRE

*“Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad,
Pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?” (Pr. 20:6)*

Conociendo la intención de Dios en la creación con relación a las funciones de los géneros, queda en evidencia cómo un hombre debe diferir de una mujer. En esto reside la clave para distinguir las cualidades masculinas. Después de entender, a partir de las Escrituras, lo que Dios tenía en mente en cuanto a la misión original del hombre, es más fácil determinar cuáles son las características que se deben enfatizar. En ese proceso se vuelve obvio que la mujer también necesita tener esas cualidades en algún nivel o en algunas situaciones, pero un hombre debe sobresalir en ellas, a fin de cumplir su función por excelencia. Ese concepto es muy similar a los dones espirituales; por ejemplo, a todos los cristianos se les manda evangelizar y ser hospitalarios. Sin embargo, a algunos les fueron dados los dones de evangelismo y de hospitalidad y, por lo tanto, deberán naturalmente sobresalir en dichos dones, porque ellos deben cumplir su papel en el Cuerpo de Cristo.

Un hombre poderoso en Dios se caracteriza por tener las cualidades necesarias para cumplir las funciones que Dios le ha dado.

- Liderazgo

Cuando Dios puso al hombre en el huerto en Edén, Él le dio instrucciones específicas. Adán debía cuidar el huerto, es decir, supervisarlos (Gn. 2:15). A él le fue dada la responsabilidad sobre dicho huerto, aunque Dios podría haber hecho un trabajo mucho mejor. Adán tenía el dominio sobre los animales al haber recibido la responsabilidad de nombrarlos a cada uno (Gn. 1:28-30; 2:19-20). Esas tareas le fueron dadas antes que Eva apareciera en escena. Cuando Dios puso a Eva en el Edén, Él dejó claro que Eva debería asistir a Adán en el trabajo que le había sido encomendado; ella debería ser una ayuda idónea, es decir, debería ser su ayudante (Gn. 2:18). Dios no dijo: “Eva, usted cuida esta mitad, y Adán, usted cuida esta otra”. Adán debería liderar; Eva debería ayudar y obedecer.

Más tarde en las Escrituras, los maridos son claramente instruidos para ser la cabeza en la relación matrimonial, y a las mujeres se les manda someterse al liderazgo del marido y respetar esa posición dada por Dios (Ef. 5:22-33). Fue a los hombres a quienes Dios colocó en posiciones de liderazgo en la nación de Israel. Asimismo, fue a ellos también a quienes Dios colocó en posiciones de liderazgo en la Iglesia (1 Ti. 2:11-12). Es obvio que Dios entregó al hombre el rol fundamental del liderazgo.

Eso no quiere decir absolutamente nada (positivo o negativo) sobre la capacidad o igualdad personal de la mujer, sino que Dios, soberanamente, determinó dar este rol al hombre. Debe haber un líder fundamental en cualquier proyecto a ser ejecutado. Dios escogió y capacitó a Adán para ese rol. Si el liderazgo es una función dada por Dios al hombre, entonces

cada hombre necesita encontrar el medio para liderar. Para algunos hombres que no desarrollaron habilidades de liderazgo mientras maduraban, o que se han sentido habitualmente asustados en cuanto al liderazgo, les será necesario desarrollar las habilidades de liderazgo con el tiempo, más que intentar, de manera incompetente, liderar asumiendo la responsabilidad total, cuando no tienen la capacidad para cumplir con esa gran responsabilidad. También es cierto que Dios concedió a algunos hombres habilidad excepcional de liderazgo para llegar a ser líderes de líderes. Si todos los hombres cristianos fueran enseñados en el concepto de que ser varonil es tomar la delantera y liderar, no habría ninguna falta de liderazgo masculino en los hogares ni en la Iglesia. Con relación a enseñar a jóvenes muchachos sobre el liderazgo, Douglas Wilson escribe:

“Nuestros chicos necesitan aprender la humildad, pero también deben aprender la osadía y el coraje. El único medio de alcanzar ese equilibrio es a través de una comprensión de quién es Dios. Hemos dejado de enseñar que Dios es nuestro Padre, con los atributos de un Padre divino, por eso, hemos perdido la verdadera comprensión de la masculinidad imitativa. Por causa de eso, nuestros chicos se alejan hacia dos extremos: o ellos adoptan la humildad sin osadía, lo que en los chicos es afeminado, o ellos adoptan la osadía sin la humildad, actitud que termina siendo destructiva.”

Las cualidades que pueden ser incentivadas, sin riesgos de exagerar, en la personalidad masculina, para que el hombre pueda cumplir el rol del liderazgo con sabiduría divina (por el profundo conocimiento de la Palabra de Dios y aplicación

consciente de los principios bíblicos), son: iniciativa, decisión, humildad, coraje e involucramiento personal.

- Amoroso

En la creación, Adán y Eva fueron hechos el uno para el otro como compañía conyugal. Esa intención para el matrimonio es aclarada más adelante en las Escrituras (Mal. 2:14). Ciertamente, el amor está involucrado en este tipo de compañerismo. En el Nuevo Testamento, los maridos son mencionados cuando es necesario ejemplificar el tipo de amor sacrificial que Cristo tiene por la Iglesia (Ef. 5:25). Ellos también son específicamente ordenados a vivir con sus esposas sabiamente (1 P. 3:7). Claramente, los esposos deben sobresalir en ese amor. Cristo también ordenó a los hombres que se amaran fraternalmente y se sirvieran los unos a los otros (Jn. 13:15). John Benton escribe:

“Es necesario el arrepentimiento. Tal vez algunos hombres solteros hayan utilizado la fuerza que tienen para servirse a sí mismos más que a otras personas. Tal vez los maridos hayan usado su fuerza para dominar a sus esposas e hijos. Necesitamos aprender a volver hacia Dios, volver a su Palabra en las Escrituras y aprender nuevamente a caminar con Él. Ser un amoroso siervo sacrificial de los otros, como Jesucristo era, no es ser un débil, es ser un verdadero hombre.”

Un verdadero hombre, entonces, se excederá en cualidades que muestran amor, como donación, gentileza, consideración, bondad, servicio y autosacrificio.

- Protector

Un natural y esforzado trabajo en los roles de líder y hombre amoroso producen el rol de protector. Después de la caída en el Edén, eso ciertamente se transformó en parte de la descripción del trabajo de Adán: proteger a su esposa. Como supremo líder y Padre amoroso, Dios hizo un compromiso de proteger a los creyentes (2 Ts. 3:3). Un hombre debe cumplir el mismo compromiso de proteger a su esposa, sus hijos y la iglesia. De la misma manera que Dios, en Su amor, no siempre protege a las personas de las consecuencias de sus pecados, o de todo el mal que hay en el mundo, Su protección, definitivamente, involucra ambos aspectos, el físico y el espiritual, así como debe ser el amor de un marido. Sin embargo, se debe recordar que sólo el Omnisciente y Omnipotente Dios tiene el derecho y el conocimiento para permitir intencionalmente que el mal sobrevenga a los seres humanos, a fin de cumplir con Sus propósitos.

En el Antiguo Testamento, los hombres constituían el ejército de Israel para proteger las ciudades, con sus mujeres y niños (Nm. 1:2-3). En 1 Corintios 16:13, Dios ordenó a los hermanos de la iglesia en Corinto que protegiesen la fe, la Palabra de Dios, con estas palabras: “*portaos varonilmente*”, es decir, ¡sean valientes! Cristo ciertamente protegió a los discípulos que Él amó y lideró (Jn. 17:12). Él también espera que todos los líderes de las iglesias protejan el Cuerpo de Cristo (Hch. 20:28). Ser varonil involucra proteger. Las cualidades que un hombre debe claramente poseer, antes de ser un buen protector, son: coraje, osadía, fuerza (física y espiritual) y cautela.

- Proveedor

Los roles de líder y hombre amoroso transmiten, automáticamente, la idea de provisión. Dios, como aquel que lidera y ama, también provee para Su Casa y para los suyos todo lo necesario (Sal. 34:10). Los esposos y padres son específicamente encargados de cumplir el rol de proveedor en su hogar, expresado en el Nuevo Testamento (Ef. 5:28-29; 1 Ti. 5:8). Los líderes del pueblo de Dios también fueron encargados de cumplir esta función (Ez. 34:1-4; Jn. 21:15-17). Los hombres deben conocer y satisfacer las verdaderas necesidades de aquellos a quienes Dios puso para que ellos cuidaran (física o espiritualmente). Para poder cumplir satisfactoriamente esa tarea, un hombre verdaderamente masculino abundará en las características de diligencia (trabajo arduo), involucramiento personal y servicio. Él también hará todo lo que esté a su alcance para lograr un buen trabajo que le permita cuidar bien de aquellos a quienes debe amar y liderar.

Un hombre estará mejor capacitado para cumplir el propósito divino para su vida cuando abandone el pecado y crezca en su semejanza a Cristo. Lamentablemente, muchos pecados han mantenido al hombre lejos de poseer esas cualidades y de cumplir las funciones que Dios le dio. Estos pecados incluyen: temor del hombre, autocompasión, amor al placer, orgullo, pereza, egoísmo, idolatría (su ídolo pudiera ser el trabajo, el dinero, su esposa, las posesiones, el éxito u otra cosa), y falta de confianza en Dios y en Su Verdad. Un verdadero hombre, por la gracia de Dios, deseará expulsar éstos y cualquier otro pecado que se interponga en el camino de su masculinidad. Él buscará la ayuda de Dios para perfeccionar todas estas buenas cualidades (semejantes a las de

Cristo) dentro de sus quehaceres diarios. John Piper escribe:

“En el corazón de la masculinidad madura hay un sentido de responsabilidad benevolente para liderar, proveer y proteger a la mujer de manera adecuada, para los diferentes relacionamientos del hombre”.

La extensión y profundidad de esas cualidades presentes en la vida de un hombre determinan de qué manera positiva él demuestra estos aspectos diferenciados en su masculinidad. Él debe superar, con la ayuda de Dios, los aspectos negativos del pecado en sí mismo. Además, él tiene la libertad de ejercitar dichas cualidades con ambos géneros. La mujer, por otro lado, tal vez a veces necesite asumir estos roles con niños, con otras mujeres y con hombres fuera del ámbito de la iglesia; pero ella encontrará su verdadera identidad y satisfacción si desempeña más específicamente el rol de asistente o ayudante, más que en procurar el liderazgo en el matrimonio o en tener que ministrar instrucciones espirituales (Gn. 2:18; 1 Ti. 2:12).

Además, una mujer en el liderazgo en su lugar de trabajo debe ser apta para lidiar con un empleado hombre subordinado a ella, de manera que preserve la masculinidad de él y la femineidad de ella. Es un hecho que muchas mujeres han encontrado una satisfacción orgullosa en liderar, pero ellas ciertamente están perdiendo un sentimiento de placer mucho más puro y santo, el cual es encontrado solamente en el cumplimiento de las funciones que Dios les concedió.

De modo semejante, si los hombres fueran más consistentes en vivir las cualidades ya mencionadas, no serían tentados a volverse hacia las falsas expresiones de masculinidad, como

el machismo o el autoritarismo. Los hombres con ese tipo de comportamiento son claramente condenados por la orientación bíblica. Pero existe también el otro extremo: son los hombres pasivos o afeminados. Si un hombre se concentra demasiado en cualquiera de las características descritas en este capítulo, descuidando otras, cometerá el error de irse para un extremo o para el otro (no ser varonil y pecar en sus deberes y relacionamientos). En vez de esto, un hombre debe seguir totalmente el proyecto superior de Dios para los sexos. Sobre esto, John MacArthur observa:

“Ellos son complementos perfectos: uno es la cabeza, el líder y proveedor; la otra es la ayudante, soporte y compañía”.

El punto principal

Entonces, ¿qué es lo que significa ser un verdadero hombre?

- Significa no confiar en su propio juicio sobre la masculinidad, sino, en lugar de ello, apearse al hecho de que existen absolutos descritos en la Palabra de Dios.
- Significa entender las características básicas de la virilidad y reconocer que debe haber diferencia entre los géneros.
- Significa poseer la fe salvadora y semejanza con la persona de Cristo.
- Significa aspirar a seguir los pasos de las cualidades que Dios describe para hombres de bien en la Iglesia.

Finalmente, significa ser investido con las cualidades específicas necesarias para cumplir las tareas que Dios le concedió.

En suma, significa vivir una visión bíblica del mundo con relación a la masculinidad.

Es necesario que los padres y otros profesores capacitados espiritualmente enseñen a los niños las características bíblicas de la edad adulta en relación con su sexo. Además, estas son cualidades que deben ser presentadas a la población masculina en todas las iglesias e instituciones que creen en la Biblia. Los hombres cristianos necesitan asumir la responsabilidad personal de estudiar la enseñanza bíblica en esa área, comunicándose con otros hombres de bien sobre eso, leyendo literatura idónea sobre el tema y dependiendo de la gracia de Dios para cambiar su comportamiento, aproximándose lo más posible al modelo bíblico.

Así como muchas de las cualidades masculinas discutidas en este capítulo fueron aplicadas a los maridos, las Escrituras también las presentan como pertinentes a hombres solteros que son siervos de Dios; por lo tanto, estas verdades son para todos los hombres, solteros o casados, jóvenes o ancianos. Todos los hombres deberían fervientemente buscar el entendimiento verdadero y transformador de las características básicas del hombre, ejemplificadas en Cristo, guardando en el corazón los absolutos bíblicos específicos sobre el comportamiento masculino, y buscar oportunidades para liderar, amar, proteger y proveer a todos aquellos que Dios puso bajo su responsabilidad. Entonces él será un verdadero hombre que cumplirá ampliamente el concepto de la masculinidad.

Masculinidad: La posesión y búsqueda de carácter desde la perspectiva de los redimidos, perfeccionado por cualidades consistentes con la distinción de los roles de los hombres de liderar, amar, proteger y proveer ¡Todo para la gloria de Dios!

(Tomado y traducido del portugués)

Stuart W. Scott

.....

¡Y así las iglesias se llenaron de miembros no regenerados!

“Muchos de los púlpitos de los últimos cincuenta años actuaron como si el primer y último objetivo de su llamamiento fuera la salvación de las almas, y todo se hizo para doblarse a ese objetivo. En consecuencia, la alimentación de las ovejas, el mantenimiento de la disciplina bíblica en la iglesia y la inculcación de la piedad práctica, fueron desplazados; y con demasiada frecuencia se emplearon todo tipo de dispositivos mundanos y métodos carnales bajo el argumento de que el fin justificaba los medios ¡Y así las iglesias se llenaron de miembros no regenerados!”

“En realidad, tales hombres derrotaron su propio objetivo. El corazón duro debe ser arado y angustiado antes de que pueda ser receptivo a la semilla del Evangelio. Se debe dar instrucción doctrinal sobre el carácter de Dios, los requisitos de Su Ley, la naturaleza y la atrocidad del pecado, si se quiere sentar las bases para la verdadera evangelización. ¡Es inútil predicar de Cristo a las almas, hasta que vean y sientan su desesperada necesidad de Él!”

(Arthur Pink, 1886-1952)

LA REVERENCIA EN LA MUJER

“Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien...”

(Tito 2:3)

Es necesario que podamos abordar este tema con la mayor diligencia posible debido a la ausencia en el entendimiento de esta preciosa y profunda palabra: Reverencia. Cada generación ha tenido que luchar con sus propias corrientes y sus propios desafíos. Esta generación ha experimentado nuevos retos, cimentados en ideas que han traído, de manera camuflada, una aparente libertad; y sobre todo, nuestra generación más joven es la que ha tenido una enorme dificultad en discernir entre la verdad y el error. Ciertamente, la verdad bíblica es la columna vertebral de nuestra fe, de nuestro crecimiento y del avance en el conocimiento de Jesucristo. Ella es la que permite que se puedan corregir todas las áreas de nuestra vida. La doctrina bíblica es la que nos lleva a andar de manera agradable al Señor.

Pero la ideología basada en la falsa tolerancia, inmediatamente acusará este acto como legalista y, por tanto, no se atreverá a establecer diferencia entre lo que es correcto e incorrecto, entre lo que es santo y lo profano. Actualmente, con el advenimiento del postmodernismo, este se encargó de darle muerte al sentido común, de darle muerte al temor al Señor (el cual es el principio de la sabiduría),

de darle muerte a la santidad; entonces, tan pronto el sentido común trate de sacar la cabeza, será acusado de legalista, siendo asesinado de nuevo. Hoy no sabemos la diferencia entre lo sano y lo insano, porque nuestra sociedad está tan enferma que lo insano es “normal”; entonces, si es normal, no puede ser juzgado como malo. Es así como la locura y la depravación moral es lo “normal”.

Reverentes

En Tito 2:3, hallamos al apóstol Pablo haciendo referencia a aspectos claves de la vida cristiana en cuanto a las ancianas, enseñándoles a que sean reverentes en su porte. En el diccionario, esta palabra ‘reverente’ está asociada a otras palabras muy importantes, tales como: respeto, veneración, tener una actitud decorosa, ceremonial y solemne; además, está asociada a la piedad, al pudor y a la modestia. Todos estos significados están involucrados con la palabra ‘reverencia’. Y Pablo escribe allí más adelante el motivo por el cual se debe enseñar reverencia; dice allí en el versículo 5: “...*para que la palabra de Dios no sea blasfemada.*” Se puede evidenciar que Pablo tiene la urgencia de que se enseñen estas cosas con el fin de que se pueda dar evidencia o testimonio al mundo de que la mujer cristiana, que goza de una vida verdaderamente convertida y transformada al Señor, refleje hacia los demás todas estas cosas. Evidentemente, la caída produjo en la mujer todo lo contrario: irreverencia, soberbia, descaro, irrespeto, altivez y amargura. Y con el tiempo todo ha venido creciendo, como una bola de nieve, a una velocidad que pareciera no poder detenerse.

Entender la importancia de este asunto para las mujeres que han sido llamadas a la piedad es sumamente trascendental y necesario. Miremos con detalle cómo este tema se aplica de una manera práctica en nuestras vidas.

- Reverencia a Dios

“Entonces Sara negó, diciendo: No me reí; porque tuvo miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído.” (Gn. 18:15). Sara, al escuchar la promesa del Ángel de Yahveh para Abraham de que tendría un hijo en su vejez, reaccionó riéndose. Esta actitud en ella manifestó su corazón; tal vez los años de espera, la falta de cumplimiento de las promesas de Dios hasta ese momento, las circunstancias que estaban viviendo, las malas decisiones que habían tomado (con respecto a Ismael) y sus consecuencias, probablemente habían creado en ella una incredulidad secreta y una amargura en el corazón. Esto la llevó a una actitud de burla e irreverencia ante el Ángel de Yahveh y sus Palabras.

Cuando hablamos de reverencia en el porte de una mujer, no sólo se refiere a sus actitudes y obras externas. La verdadera reverencia es fruto de un corazón consagrado y lleno de amor a Dios. La reverencia es fruto de nuestra revelación y conocimiento de Dios, nuestro compromiso y dedicación a la Palabra, nuestro deseo de servir y honrar a Jesucristo en todas las áreas de nuestra vida. Puede que nuestros padres, esposos, hijos, amigos y hermanos no noten cuando verdaderamente somos mujeres reverentes, pero Dios sí. Asimismo, yo me puedo esconder bajo el manto de la religión y la hipocresía engañando a todos los demás,

pero a Dios no. Él sabe si soy una mujer reverente o no. Esto le da gran solemnidad al asunto que estamos tratando.

Sara, sin darse cuenta, se estaba riendo ante Aquel que todo lo ve, todo lo sabe, todo lo conoce. Él mismo se lo hace saber. “...Y él dijo: *No es así, sino que te has reído.*” Esto hace que nosotras tengamos conciencia que el suelo de nuestro corazón es sagrado y santo, sondeado constantemente por la omnisciencia de Dios. Esta verdad pone de manifiesto que la verdadera piedad que Dios busca en nosotras debe comenzar en lo interno, y no en lo externo, en lo invisible antes que en lo visible, en las recámaras de nuestro corazón, y no en el ambiente público. Por eso, toda actitud y manifestación de piedad en nuestras vidas debe tener una motivación mayor: la gloria y exaltación de nuestro Dios. Debemos poner candado a nuestros corazones y limitar todo designio de mal en ellos. Quizás las demás personas no valoren ciertas cosas, puede ser que hasta las ignoren y las tomen como retrógradas y religiosas; quizás podamos sentirnos poco valoradas por nuestras familias, esposos, hermanos y amigos, mas nuestra confianza y certeza está en que todo lo que vivimos y hacemos recibirá su recompensa de nuestro Señor.

- Obediencia al varón

Ahora bien, las mujeres tienen, en general, apariencia de ser más espirituales que los hombres, ya que se involucran con más facilidad en los asuntos del alma; sin embargo, casi nunca tienen que ver con el Espíritu de Jesucristo; comúnmente, estamos confiando demasiado en la intuición y en nuestros sentimientos, y pasamos por alto que tanto los sentimientos

como la intuición están en constante cambio. Las mujeres son las que más frecuentemente tienden a invocar a Dios como su autoridad, aun cuando Dios no haya tenido nada que ver con su dirección. La esencia del asunto es que las mujeres “disfrutan” de la espiritualidad que brota de ellas mismas; aunque también es posible que haya hombres que sean completamente irresponsables en los aspectos espirituales.

Pero esa falsa sensación de “espiritualidad” que tiene la mujer la lleva normalmente a despreciar la figura del varón y su autoridad. El asunto es que es Dios, y no el hombre, quien ha diseñado intencionalmente nuestras relaciones y roles para llevar a cabo Su propósito. *“Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.”* (1 Co. 11:3).

Esta realidad espiritual debe llevar a la mujer piadosa a esforzarse en la gracia de Dios en todas las esferas de su vida, para no caer en el pecado de la irreverencia y del desprecio hacia el varón, sea en el hogar, con su padre; en el matrimonio, con su esposo; en el trabajo, con su jefe o sus compañeros; en la universidad, con sus profesores; en la iglesia, con sus líderes espirituales. La mujer de Dios debe tener cuidado de no caer en este pecado común. El éxito y la posibilidad de sobresalir en alguna área (espiritual, profesional, moral, familiar), muchas veces tiene un efecto negativo en el corazón de la mujer, y la vuelve rebelde ante Dios y ante el hombre. Y, como decíamos, todo comienza en el corazón, pero no queda en el ámbito de lo secreto, sino que tarde o temprano habrá de manifestarse externamente.

Querida lectora, siempre tendremos que considerar dos preguntas: ¿Qué hay en nuestro corazón? Y ¿Cómo nos estamos comportando en este mundo? Ninguna de las dos es contradictoria. Lo que somos ante Dios, lo manifestaremos ante los demás, sea la reverencia o la rebelión, el amor o la ira, la paz o el desespero. Entonces, cabe plenamente pensar y preguntarnos cuál es la imagen que estamos reflejando ante los demás. ¿Nos caracteriza el respeto al hablar? ¿Nuestros gestos son delicados y piadosos? ¿Nuestro lenguaje no verbal refleja un corazón reverente y alegre? ¿Nuestras relaciones son fraternales y reflejan un corazón paciente y bondadoso? ¿Transmitimos respeto, paz, alegría, gozo, reverencia en el ambiente donde Dios nos ha puesto? Si es así, esto es vivir verdaderamente el Evangelio de Cristo; si no, debemos considerar nuestra fe y volvernos en arrepentimiento a Dios para que Él transforme nuestro andar. No es de una mujer cristiana ser como Jezabel: mandona, impía, cruel, impaciente, iracunda, amargada, rencillosa y orgullosa. Si esto es común en tu vida necesitas arrepentimiento y tratar seriamente con tu pecado ¡Sí! ¡Esto es pecado! Y necesita ser expuesto y tratado cuanto antes, si no estaremos haciendo que la Palabra del Señor sea blasfemada con nuestra vida. No importa si eres joven, soltera, casada, viuda, anciana... eso no es lo relevante. Lo realmente importante es que, si confiesas con tu boca a Cristo, eso te pone en el camino de los justos y debes enderezar tus pasos en la medida que creces y conoces tu fe. La verdadera reverencia nos habla de la sujeción y respeto en sumo grado, brindar honra y honor. Y eso debe caracterizar a la mujer cristiana.

Recordar ejemplos como el de Ester, una joven sumisa, sujeta, reverente, temerosa de Dios, que hizo que el corazón del rey fuera conquistado, despertará el corazón de toda mujer para conquistar el corazón de Cristo con una vida llena del Espíritu Santo reflejada en todas las áreas. Esa es la muestra de una verdadera feminidad y una perla preciosa, pero escasa en nuestros días.

- Reverencia al esposo

El Señor Jesucristo desea ser conocido. Él quiere que tengamos una estrecha comunión con Él y que encontremos todo nuestro deleite en Él, sin importar cuál sea la situación o la jornada que estemos atravesando. Pero, por asombroso que parezca, Él estableció el matrimonio para reflejar el carácter de Cristo en nuestras vidas y manifestar el fruto de nuestra comunión con Él. La obediencia, sumisión y reverencia son actos que Dios espera ver reflejados en la mujer hacia su marido. Una mujer que no puede ser reverente ante su marido, el cual es la figura que representa a Cristo en su casa, ¿cómo lo puede ser delante de Cristo, a quien no ve? La reverencia no se basa en sentimientos, sino en una voluntad quebrantada y humilde.

Toda mujer debe volver su corazón hacia Dios, y pedir constantemente una dosis de gracia para poder reflejar, en todas las áreas de su vida, el dulce perfume de Cristo. Asuntos tan simples, como por ejemplo: la manera de dirigirme a mi esposo, mi actitud al responder en una situación donde no estoy de acuerdo, la postura que asumo al momento de tomar decisiones en mi familia, la manera como hablo a mi

esposo ante mis hijos y los demás, todo ello refleja si somos o no reverentes.

No importa si él no es un digno representante de Cristo; la fe nos debe llevar a mirar mucho más allá del hombre pecador, y ver a Cristo. Todas estamos siendo preparadas para ser la Esposa de Cristo, y nuestro matrimonio terrenal es un gran entrenamiento.

La mujer sabia conocerá el impacto que esto tendrá, no sólo sobre su vida, sino también sobre la vida de su marido e hijos. Una mujer reverente, respetuosa, alegre y humilde crea una atmósfera de paz y alegría en su hogar, que todo hombre amará, y el impacto sobre sus hijos abrirá camino para avivar un deseo profundo de conocer al Dios que su madre predica y vive.

Por otro lado, una mujer irrespetuosa, rebelde e iracunda, puede llevar al hombre a hacer a un lado la razón y el buen juicio, si se le presiona y se le hace sentir constantemente inconformidad e insatisfacción. Una mujer sabia puede fortalecer su hogar, o una necia, destruirlo en su necesidad. La Palabra enseña que aun el hombre impío será profundamente impactado por el carácter cristiano de su esposa: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa”* (1 P. 3:1-2). La verdadera reverencia en la mujer hace que ella pueda ayudar a su marido en el camino de la salvación. En el caso de que él sea ya creyente, lo puede ayudar a crecer en su llamado y en el servicio otorgado por Dios. También la verdadera reverencia

guía a la mujer en la tarea de dirigir a sus hijos hacia la vida eterna, lo cual es una gran responsabilidad que sólo se podrá llevar a cabo a través del amor, sacrificio y perseverancia.

- La manera de vestir

Otra área donde la mujer es profundamente tentada a pecar en contra de la reverencia y modestia cristiana es en su manera de vestir. Infelizmente, vivimos en una generación donde el hombre, en su corrupción, ha llegado a pensar que la pornografía es entretenimiento, y la desnudez, una profesión. Los valores cristianos son perseguidos, ridiculizados, y poco conocidos, aun por los mismos cristianos. En este panorama tan sombrío, la mujer cristiana debe tener convicciones a la hora de vestir y comportarse. ¿Hacia dónde queremos llevar la mirada de los hombres? ¿Hacia alguna parte especial de nuestro cuerpo, y resaltar algún “atributo”? No podemos “pecar de inocentes”. Las mujeres, con su manera de vestir, pueden inspirar respeto; o, por el contrario, pueden despertar lujuria, llevando al hombre a tener pensamientos de lujuria, lo cual daría una imagen degradada del Evangelio.

Ahora bien, ser una mujer santa no es sinónimo de ser una mujer fea y mal arreglada. Una cosa es la piedad y otra cosa es andar como un harapo en pijama y sin bañarse todo el día. Hay una línea fina entre ser una mujer elegante, bien arreglada, y ser una mujer inmoral y exhibicionista. Y debemos tener mucho cuidado de no traspasar esa línea para que la Palabra de Dios no sea desacreditada debido a nuestra manera de vestir. Acudir a nuestros esposos, si los tenemos, o a hombres piadosos en la iglesia, para recibir cierta direc-

ción en esta área, puede guardarnos en este asunto, en el cual la mayoría de mujeres de nuestra generación son altamente culpables ante Dios. Leer libros cristianos sobre la modestia y la manera de vestir es casi una obligación que toda mujer piadosa debe asumir.

Ahora bien, es claro que no sólo la vestimenta de la mujer debe ser considerada en este asunto de la reverencia; la Biblia también habla de la mirada de la mujer impía: “*No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos.*” (Pr. 6:25). Los ojos pueden ser instrumentos de coquetería y lascivia, así como cierto tipo de palabras y actitudes. Una mujer reverente aprenderá a marcar distancia sabia con el sexo masculino, trazará siempre una línea de separación prudente. Nunca estará con hombres en lugares solitarios, no permitirá que ellos se sobrepasen en ningún sentido, evitará conversaciones de tono sexual, y no establecerá conversaciones privadas e innecesarias con hombres (cuando no existe el propósito del matrimonio), sino que ella será como una torre firme y santa. Esto aplica para las solteras y casadas; porque, así como es sumamente indecoroso para una mujer casada tener actitudes que despierten el interés en hombres que no son su marido, lo es para una soltera despertar el interés de un hombre sin la intención divina de casarse. No son pocas las mujeres que han destruido su testimonio, su futuro matrimonio, las promesas de Dios para su vida, una vida cristiana bendecida, un fructífero y útil ministerio, por ser irreverentes en el área sentimental y sexual. Muchas se volvieron la maldición de hombres que, al enredarse en sus faldas, cayeron presos en el pecado de la lujuria y fueron atrapados por la fornicación y el adulterio. Querida lectora, la

mujer posee un poder comparado con el fuego, y el hombre es madera seca y lista para arder. Es necesario que Dios nos haga mujeres reverentes y santas en esta área, no sea que el juicio del Señor para las que hacen tropezar a los pequeños del Reino, caiga sobre nuestras vidas.

- La prudencia

Como venimos diciendo, la prudencia es sinónimo de reverencia. A muchas mujeres les falta la prudencia bíblica y el cuidado en sus relacionamientos.

No son pocas las mujeres que se envuelven en chismes, murmuraciones y contiendas, por no saber evitar las malas amistades y las malas conversaciones. Ser prudente y reverente es vigilar lo que sale de nuestra boca y lo que entra a nuestros oídos. Una mujer reverente no debe estar asociada con malas conversaciones. Un límite en esta área hará que nuestra vida se vea libre de problemas innecesarios, pues la Escritura dice: “...*Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.*” (Stg. 3:2). Todos sabemos lo destructivo y aborrecible que es encontrarnos con una persona que no sabe cuidar su boca, y los problemas que puede causar, además del daño irreversible de las palabras. Como lo dijo el conocido predicador Charles Spurgeon: “El chismoso despide un veneno triple, pues daña al que cuenta el chisme, al que lo oye y a aquel a quien se refiere”. Nadie quiere estar al lado de alguien así; de modo que la mujer cristiana reverente en su porte, debe evitar este pecado y mantenerse lejos de él, al igual que mantenerse alejada de aquellas personas que destilan veneno en sus

labios, aunque se trate de una hermana en la fe, un familiar, una amiga en el trabajo, ¡sea quien sea! Hasta nuestra abuelita debe ser evitada si nos lleva a practicar este pecado. Evitar las lenguas venenosas que contaminan nuestro corazón es un acto noble y necesario en nuestra vida piadosa.

Las ancianas y su ejemplo

Cuando la Biblia exhorta a que las ancianas sean reverentes en su porte, nos está mostrando la importancia de tener mujeres visibles en la iglesia que encarnen lo que es la verdadera feminidad en un mundo sin valores, y cuyos modelos son una apología a la impiedad y el pecado. Deben existir mujeres que vivan contra la cultura y sean ejemplo para las nuevas generaciones de mujeres. Las nuevas creyentes, las jóvenes en la iglesia, nuestras hijas, necesitan referentes fuertes y firmes de la piedad para no ser arrastradas en un mundo donde ser bíblicamente femeninas y santas es odiado y aborrecido. ¡Que Dios tenga misericordia de Su Iglesia y obre en nosotras de tal manera que lleguemos a ser ancianas reverentes en el porte y maestras del bien!

Diana Ramírez



“Recibir el Evangelio es recibir una visión completamente diferente de la realidad donde Cristo es el epicentro de todas las cosas. Se convierte en el centro de todo el universo, la fuente, el propósito, el objetivo y la motivación de todo lo que somos y hacemos. Cuando un hombre recibe el Evangelio, su vida entera comienza a vivirse en un contexto diferente, y ese contexto es Cristo.”

Paul Washer

FE Y RAZÓN

“Si descubro dentro de mí un deseo que ninguna experiencia en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que yo fui hecho para otro mundo.”

(C. S. Lewis).

Quisiera creer, pero tengo tantas dudas, tantas preguntas por responder. Siento que Dios se molestaría si le expongo mis cuestionamientos y, por otro lado, si llegara a abrazar la fe cristiana y rindiera mi vida a Cristo, creo que esa decisión implicaría que no volvería a usar mi mente racional; caería en una especie de “suicidio intelectual”.

Hay personas honestas que al inicio de su peregrinación espiritual luchan con estas inquietudes u otras similares. Hoy, como médico especialista y docente universitario, miro hacia mis primeros pasos en la fe, y debo admitir que luchaba con la idea de caer en una credulidad ingenua, es decir, una fe fundamentada en materia gelatinosa de fantasías o “cuentos antiguos” que, como arenas movedizas, no me pudieran soportar para pararme firme, y de las cuales temía no poder liberarme posteriormente.

A principios del siglo XX era casi obligatorio, por razones de prestigio, que un científico negara la existencia de Dios. Timothy Keller, pastor y teólogo, citando la opinión del científico ateo Richard Dawkins en el libro “¿Es razonable creer en Dios?”, dice: “No puede aspirarse a un pensamiento cien-

tífico inteligente y seguir suscribiendo doctrinas religiosas. O se cree una cosa, o se cree la otra.” En respaldo de su tesis, señala que un estudio llevado a cabo en 1998, puso de relieve que tan sólo un 7% de los científicos norteamericanos pertenecientes a la Academia Nacional de Ciencias cree en un Dios personal. Vale la pena leer la refutación completa en el capítulo 6, donde se destaca el trabajo de un eminente científico e investigador ex-ateo convertido al cristianismo y responsable principal del Proyecto Genoma Humano: Francis Collins. Por otro lado, ¿qué diría Dawkins al revisar a los ganadores del premio Nobel entre 1901 y 2000, cuando sólo 7% se declararon abiertamente ateos, en relación al 86,5% entre cristianos y judíos?

Los libros de texto en colegios y universidades a los cuales éramos expuestos descansaban sobre estos prejuicios, haciendo eco de declaraciones como las del ateo George H. Smith: “La razón y la fe se oponen, son términos mutuamente excluyentes, no hay reconciliación ni término medio. Fe es creencia sin la razón o a pesar de la razón”. Y minaban lo que hasta ese momento creíamos de manera incuestionada.

Volviendo a la lucha de esos primeros pasos por el año 1983, sin internet, con las bibliotecas llenas de libros que seguían la misma línea escéptica, con creyentes no preparados para responder o escandalizados ante las preguntas del “nuevo creyente”, providencialmente, llegó a mis manos un libro que me fue de gran utilidad y que recomiendo ampliamente: “Evidencia que exige un veredicto”, de Josh McDowell.

Excusas intelectuales

En el libro “Evidencia que exige un veredicto”, dice McDowell: “El rechazo de Cristo, por lo general, no es tanto un asunto de la mente, sino más bien de la voluntad. NO se trata de un “no puedo”, sino de un “NO quiero”.

Y continúa: “He descubierto que la mayoría de las personas rechazan a Cristo por una o más razones, que en ocasiones se presentan mezcladas en quien no quiere y no puede creer.

1. Ignorancia, con frecuencia autoimpuesta - Romanos 1:18-23.
2. Orgullo - Juan 5:40-44.
3. Problema moral - Juan 3: 19-20.

Es decir, algunas personas pueden encontrar las respuestas requeridas a todas sus inquietudes u objeciones, pero aun así NO creerán, porque su nueva fe implicaría un cambio en sus vidas, y es un precio que no están dispuestas a pagar.”

Algunas de las razones que podríamos encontrar valederas en un caso particular, pudieran estar lejos de nuestro campo de conocimiento. Admitiendo esa clase de ignorancia, podríamos avocarnos a una indagación ordenada de nuestros vacíos intelectuales, venciendo de este modo la ignorancia autoimpuesta. Experiencias muy similares en el recorrido de este camino nos cuentan antiguos ex-ateos, como Josh McDowell, Lee Strobel, William Lane Craig, John Lennox, Alister McGrath y Francis Collins, sólo para citar unos pocos.

Si racionalmente mis objeciones fueran resueltas, eso no me conduce automáticamente a abrazar la fe. Es posible que, como un paciente que se resiste a tomar el medicamento (que está bien documentado le traería mejoría), el orgullo humano impida la admisión de la necesidad de ayuda, de la necesidad de un Salvador.

Como bien dice en el Evangelio de Juan, capítulo 3:19-20: *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”* Podríamos terminar rechazando la luz, no porque no alumbre, sino por eso mismo, porque pone de manifiesto quién soy verdaderamente, expone las profundidades de mi corazón y cuáles son mis obras y qué hay detrás de todo lo que pienso, digo y hago.

Se puede ser víctima de sus propios prejuicios, como admitía el mismo Aldous Huxley, el ateo que debilitó las creencias de muchos, y quien fuera aclamado como un gran intelectual; él decía: “Yo tenía motivos para no desear que el mundo tuviera un significado, en consecuencia, supuse que no lo tenía, y pude hallar sin dificultad razones satisfactorias para esta suposición... En lo que a mí concierne, la “filosofía de la falta de significado” fue esencialmente un instrumento de liberación sexual y política”.

¿Fe ciega?

La fe cristiana no es una fe ciega. Mi corazón no puede regocijarse en lo que mi mente rechaza; mi corazón y mi ca-

beza fueron creados para trabajar y creer en perfecta armonía. Cuando Dios nos mandó que lo amáramos, esa entrega involucra nuestra mente (Mateo 22:37). La creencia de un individuo involucra la mente, las emociones y la voluntad. Y es el conocimiento de la verdad, y no su ignorancia, lo que nos conduce a la verdadera libertad (Juan 8:32).

La fe cristiana es una fe racional, objetiva y basada en hechos. Va más allá de lo que es razonable, pero no va en contra de la razón. La fe es la certidumbre del corazón en lo adecuado de la evidencia. O como dice el educador cristiano W. Bingham Hunter: “La fe es una reacción a la evidencia de la auto-revelación de Dios en la naturaleza, las Escrituras y Su Hijo resucitado”.

Eliseo Vila, en el prólogo del libro de Antonio Cruz: “¿La ciencia encuentra a Dios?” escribe: “La física ha demostrado que el cosmos tuvo un principio, que el universo es mucho mayor, más complejo y más maravilloso de lo que en principio se intuía. Y que el ajuste de los mecanismos que lo gobiernan, el llamado principio antrópico (cualquier teoría válida sobre el universo tiene que ser consistente con la existencia del ser humano), resulta muy difícil de explicar sin recurrir a un designio inteligente. La Biblia adquiere así vigencia, Génesis 1 recupera sentido y la credibilidad científica.”

Podemos preguntar

En 2 de Timoteo 2:7 dice: “*Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo.*” De ese modo somos desafiados a pensar, a usar la mente para comprender, y el

Señor nos ayudará a entender; no son afirmaciones excluyentes, sino complementarias. Igualmente, Proverbios 2:1-6 nos insta a clamar por inteligencia, a pedir entendimiento, y buscarlos como a plata, para obtener conocimiento de Dios. Como escribe John Piper: “La razón principal por la cual Dios nos ha dado la mente es para que podamos buscar y encontrar todas las razones que existen para valorarlo en todas las cosas y por sobre todas las cosas”. El creó el mundo para que a través de éste, y por sobre éste, pudiéramos valorarlo a él. Cuanto más entendamos su grandeza, conocimiento, sabiduría, poder, justicia, ira, misericordia, paciencia, bondad, gracia y amor incomparables, más lo valoraremos, y cuanto más lo valoremos, más será glorificado de manera consciente y gozosa.

Así que, no sólo Dios no se molesta con nuestras preguntas, sino que nos desafía a desentrañar los misterios del universo y de la existencia humana para conocerle y glorificarlo a Él. Lee Strobel, en su libro: “El caso de Cristo”, plantea excelentes preguntas e indaga con eruditos en cada área las mejores respuestas.

Creer también es pensar

John Stott, en su libro “Creer es también pensar”, escribe lo siguiente: “Dios hizo el hombre a su propia imagen, y uno de los aspectos más notables de la semejanza de Dios en el hombre es la capacidad de pensar”.

Los hechos simples y gloriosos - que Dios es un Dios que se revela a Sí mismo, y que Él se reveló al hombre - demuestran la importancia de nuestras mentes; pues toda la reve-

lación de Dios es racional, tanto la revelación general en la naturaleza, como su revelación especial en las Escrituras y en Cristo.

Dios habla a los hombres a través del universo que creó, y proclama su gloria divina, y aunque sea un mensaje sin palabras, sin embargo, el mensaje es muy claro, y los que rechazan su verdad son culpados delante de Dios. *“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.”* (Romanos 1:19-21).

Aunque su creación sea una proclamación sin palabras, una voz sin sonido, aun así resulta que todo hombre tiene algún “conocimiento de Dios”. Ahí se presupone que el hombre tiene capacidad para leer lo que Dios escribió en el universo, y eso es extremadamente importante... Así, pues, la fe y el pensamiento caminan juntos, y es imposible creer sin pensar. ¡CREER ESTAMBIÉN PENSAR!

Nuestra mente nos lleva a Dios

Probablemente, en una noche de estrellas, un humilde pastor, que luego terminaría siendo el más recordado rey de Israel, David, reflexionaba en la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre, y escribió el Salmo 8:

*“¡Oh Jehová, Señor nuestro,
Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!*

*Has puesto tu gloria sobre los cielos...
Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
La luna y las estrellas que tú formaste,
Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,
Y el hijo del hombre, para que lo visites?"*

Abrumados ante tal majestad, todavía aun hoy podemos dirigir al Dios Creador nuestras preguntas. Podemos usar la mente que Él mismo nos dio para continuar maravillándonos de la singular obra de sus manos. No encuentro mejor respuesta a los por qué de nuestra mente, con su complejidad, sus inquietudes, preguntas y dudas, que la de Saulo de Tarso, en quien convergían las culturas judía, romana y griega. Considerado uno de los más grandes pensadores en la historia de la humanidad, transformado en el apóstol Pablo después de su encuentro personal con Jesús, exclamó: “*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.*” (Ro. 11:33-36).

Ayuda a mi incredulidad

En Marcos 9:14-24 leemos la historia de un hombre que tenía un hijo poseído por un espíritu. El hombre llevó a su hijo con los discípulos de Jesús para que echaran fuera al espíritu, pero no pudieron. Cuando Jesús vino, los discípulos le contaron acerca de lo acontecido y de que ellos no pudieron expulsar al espíritu. Jesús pidió traer al niño.

Después el hombre le pidió a Jesús ayuda, diciéndole: “...*si puedes hacer algo, ...ayúdanos.*” Jesús respondió: “*Si puedes creer, al que cree todo le es posible.*” El hombre clamó: “*Creo; ayuda mi incredulidad.*” ¿Existe alguna contradicción aquí? ¿Acaso el hombre dijo en estas cuatro palabras que cree y no cree al mismo tiempo? ¿O él pensaba que creía, y luego se dio cuenta que no, pero luego creyó otra vez? Quizá pensó que Jesús quería escucharlo decir que cree, pero luego se dio cuenta que había mentido. No creo que haya alguna contradicción.

Así que hoy, ante los incrédulos “Tomás” del siglo XXI -quienes creen y al mismo tiempo luchan contra su incredulidad-, Jesús resucitado se nos presenta, no para regañarnos por preguntar, sino para mostrar las evidencias que requerimos para alimentar nuestra fe, para no abandonar la batalla por la verdad y para poder seguir avanzando en Aquel que dijo ser El Camino, La Verdad y La Vida.

Pablo Moyano

.....

“Chicos, traten a todas las chicas con respeto y pureza, de la manera que quisieran que otros hombres trataran en el presente a la mujer con quien un día se casarán. Cuando se sientan tentados a coquetear, aunque sea en su imaginación, oren por su futuro cónyuge: Oren que Dios lo mantenga a él o a ella puro de corazón, del mismo modo como les está ayudando a ustedes a resistir la tentación. Piensen en su futuro cónyuge, en lugar de la persona hacia quien en este momento se sienten atraídos.”

John W. Thompson

Equipo Editorial:

Alberto Rabinovici
Andrés Rodríguez
Diana Ramírez
Luisa Cruz
Marcelo Vieira
Pablo Moyano

Revisión:

Alicia Hernández
Asmiria Pirela
Carolina Vásquez
Saskya Barros

Traducciones:

Marane Almeida

Distribución:

Héctor Santoyo

Dirección:

Jhair Díaz
Pablo David Santoyo

La **REVISTA TESOROS CRISTIANOS** es una publicación trimestral que tiene el objetivo de proporcionar material de edificación para el pueblo cristiano. Contiene artículos centrados en la Persona del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios.

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

tesoros cristianos@gmail.com

310 2702366 / (031) 2480410

Bogotá-Colombia

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta edición puede ser reproducida, almacenada o transmitida por cualquier otro medio.

Si desea suscribirse y recibir nuestras publicaciones trimestrales puede contactarse con nosotros.

Conozca nuestro sitio web:

www.tesoroscristianos.net